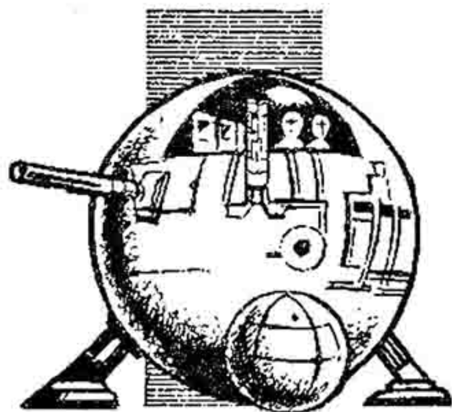


héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
LA GALAXIA
DEL ADIOS
ROCCO SARTO
SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO



ECSA

## ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCION

146 — Detective privado, siglo XXIII - *Alan Parker.*
147 — Punto de encuentro - *Rocco Sarto.*
148 — La máquina de los años - *Joseph Berna.*
149 — Demencia cósmica - *Law Space.*
150 — Sucederá ayer - *Elliot Dooley.*
151 - El largo periplo - *A. Thorkent.*

ROCCO SARTO

# LA GALAXIA DEL ADIOS

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 152
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 3.730-1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1983
2.ª edición en América: septiembre, 1983



**Esta edición es propiedad de**
**EDICIONES CERES, S. A.**
**Agramunt, 8**
**Barcelona - 23**

A

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

# CAPITULO PRIMERO

El desierto parecía muerto.

Al atardecer, cuando la bola depredadora del sol desaparece tras las montañas de arenisca y la tierra reseca se agrieta una y otra vez, el desierto tiene el aspecto de un cuadro inmovilizado por la mano de un pintor desganado y somnoliento. Sin embargo, las criaturas del desierto continúan vivas en ese horno infernal y polvoriento que cada noche se transforma en un páramo helado para volver a hervir a la mañana siguiente.

Ser policía en Nevada no es ningún premio de buena conducta, ni siquiera un premio a la mala conducta. Según cómo se mire puede resultar divertido si uno tiene la suficiente imaginación como para extraer algo de aquella soledad extendida, hirviente y deslumbrante. Y yo, según mi jefe, tenía exceso de imaginación.

Miré por el espejo retrovisor, puse el intermitente y me salí de la carretera. El arcén semejaba una toalla amarilla, dura y salpicada de unas matas recias como callos de leñador. Encendí un cigarrillo y me dediqué a la fantasía del ocaso, como la llamaba. Me imaginaba mis próximas vacaciones, las primeras en tres años, y jugaba con la idea de una California soleada pero junto al mar. Muchachas de piel dorada, baños reconfortantes y tres semanas completas para recuperar mi condición de hombre civilizado, lejos de la yerma soledad del desierto.

Hacía cuatro años que deambulaba solo por las carreteras de Nevada. Para un veterano de Vietnam las cosas no son como para el resto de los mortales. El país no miraba con buenos ojos a esa legión de soldados que regresaban de una guerra desgarradora, estúpida y lejana, donde nos habíamos comportado como perros de presa. Nosotros no éramos los culpables de aquel absurdo sangriento, pero de algún modo representábamos la «carnicería de Indochina», como había pintado la prensa la contienda. Yo mismo pienso que fue una maravillosa barbarie, de modo que no me sentí particularmente agredido.

Durante tres años deambulé de un sitio a otro en busca de algo que me permitiera vivir. Me refiero a un trabajo de esos que se

denominan honrados. No di con ninguno particularmente alentador: camionero por contrato, leñador, trabajador agrícola también por contrato y en unas condiciones que sólo eran soportables porque mi experiencia en la jungla me había curado de todos los espantos. Conocía a algunos camaradas que tenían una mujer y un par de niños y que vivían en una situación lamentable. Otros, tras un safari por todo el país, decidieron coger la vía más rápida y se convirtieron en atracadores. Muchos terminaron con los huesos en la cárcel y algunos de ellos dieron con su juventud en la *morgue*. Así estaban las cosas cuando llegué, cuatro años atrás, a Eureka. El nombre resultó providencial, porque fue precisamente en Eureka donde cambió mi suerte.

Durante mi estancia en Vietnam mi padre había muerto. Yo no había conocido a mi madre y no tenía hermanos ni parientes, de modo que a mi regreso estaba solo como un náufrago en un país poco amistoso. De algún modo mi situación era mejor que la de muchos otros compañeros cuyas familias los recibieron como a intrusos. Hombres enfermos y violentos que veían el futuro como una nube negra y tormentosa.

Yo llegué a Eureka desde Las Vegas. Había trabajado allí de portero nocturno en un casino renombrado y mi labor consistía en arrastrar viejos borrachos y arruinados, mujeres histéricas y caballeros insolentes hasta los taxis que hacían cola delante de la puerta. Soto lo soporté cuatro meses y decidí buscar otra ocupación menos sórdida.

Cogí el Greyhound y pagué un billete hasta Austin. Cuando llegué allí decidí que no tenía ganas de descender del autocar, pagué entonces los restantes 256 kilómetros y me bajé en Eureka.

Los pasajeros se dispersaron con rapidez y yo miré la calle brillante de neón como un niño al que acaban de regalarle su primer caleidoscopio. Eché a andar, encontré un hotel barato en una calle transversal que olía a cebollas podridas, dejé mi mochila del ejército y salí nuevamente en busca de una copa. No soy un gran bebedor, pero necesitaba un trago fuerte.

No conocía la ciudad, de modo que entré en un tugurio iluminado con lámparas desnudas y sucias que ostentaba el nombre rimbombante de «Versalles».

En la barra había tres hombres con una rubia platino, un viejo durmiendo sobre sus brazos y dos damas que vendían su cuerpo por horas y que, según todas las apariencias, no tenían demasiados compradores.

Tragué el whisky de mala gana y escuché varios discos de música «camp» en la vitrola automática, una antigualla que hubiera hecho las delicias de Buffalo Bill.

Cuando salí nuevamente a la calle pasaba de la medianoche. Y entonces oí el tumulto.

Provenía de un callejón próximo y parecía como si una horda de gatos vagabundos aficionados a la percusión hubiesen asaltado medio centenar de cubos de basura. Corrí hacia allí y vi algo que jamás me ha dejado impasible. Un hombre corpulento y de cabeza rapada procuraba defenderse de cuatro sujetos bien vestidos. Pero eran demasiados para él. Consiguieron tumbarlo y comenzaban a patearlo cuando mi cuerpo y mi cerebro decidieron intervenir sin pedirme permiso.

Cogí al primero por el cuello y lo arrojé contra la pared. No me detuve a observar su aterrizaje, sino que apliqué un golpe brutal en los riñones del segundo y me lancé contra el tercero. La luz del callejón era escasa por lo que no vi la porra que volaba hacia mí, pero la intuí con el tiempo suficiente para apartar mi cabezota y recibir el golpe en la clavícula. El dolor me hizo perder la calma y pateé al caballero de la porra en el vientre; cuando se dobló le asesté un mazazo con el puño cerrado en la nuca y me volví para enfrentarme con el último de los mohicanos.

No hizo falta.

El gigante calvo lo había alzado por encima de los hombros y giraba con él como una peonza. Cuando lo arrojó, el tipo voló varios metros y se estrelló contra los cubos de basura.

El gigante se volvió hacia mí.

—Vámonos de aquí, muchacho. Ya es suficiente.

Pasó un brazo poderoso sobre mis hombros y salimos nuevamente a la calle. Entramos en el «Versalles» y nos sentamos en la barra. Las prostitutas murmuraron algo en el otro extremo y el viejo dormilón gruñó entre sueños.

El barman que me había servido el whisky pocos minutos antes

se acercó con una sonrisa indefinible en el rostro y dejó una botella de bourbon ante el gigante.

—Sírvase usted mismo, sheriff —dijo con su mueca burlona.

Miré a mi compañero y sonreí.

—¿Sheriff? —pregunté.

—¿Qué creías, chico? No todos los golpes son para los maleantes.

Y lanzó una risotada que podría haber destruido una cristalería.

—¡Salud, sheriff! —dije, levantando mi copa.

—¿Quién eres tú? No te he visto antes por Eureka.

—Acabo de llegar.

Miró mi guerrera del ejército, tragó su whisky y movió la cabeza mientras hacía chasquear la lengua.

—Otro veterano... —murmuró.

—Tengo entendido que somos varios los que regresamos del infierno —comenté.

—No seas susceptible, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Cardan. Percy Cardan.

—Bien, Percy, debo darte las gracias. ¿Qué vienes a buscar a Eureka?

—Trabajo.

—¿Qué es lo que sabes hacer?

—¿Además de pelear? —pregunté.

—Está bien, comprendo. Ven a verme mañana por la mañana a la oficina. Tal vez tenga algo para ti. ¿De acuerdo?

—Allí estaré, sheriff.

—Mi nombre es Norman Quinley.

—Mucho gusto.

Estrechó mi mano, se pasó los dedos por la calva amoratada y se encaminó hacia la puerta del tugurio.

—Buenas noches —saludó antes de salir.

El barman regresó a mi lado lustrando una copa como si se tratara del Koh-i-Noor.

—¿Una copa? La casa invita. Hay que establecer buenas relaciones con la ley.

Le miré sin comprenderlo y, tras dedicarme una sonrisa aprendida y todavía eficaz, añadió:

—Usted será el nuevo ayudante, amigo. El sheriff necesita que le den una mano.

—Allí fuera le dieron varias manos, pero con los puños apretados.

—Sí, Quinley tiene un modo muy particular de resolver sus asuntos.

—Yo no soy policía.

—Ha servido en el ejército y está sin trabajo. Le hará un contrato y en un par de años será ayudante efectivo. ¿Apostamos?

—No, gracias —respondí.

Y así había sido. Dos años después de aquella noche Quinley me nombró ayudante efectivo y desde entonces, hace ya otros dos años, vagabundeo por las carreteras de Nevada persiguiendo caballeros que se exceden en el límite de velocidad, ayudando a los motoristas que padecen algún desperfecto y también, ¡cómo no!, deteniendo a algún que otro maleante que se atreve a internarse en mi coto privado de caza.

El sol se desdibujó en el horizonte y el viento se hizo notar. Comenzaba a enfriarse y el polvillo del desierto me golpeó la cara con su saludo habitual.

Encendí un nuevo cigarrillo y me subí el cuello de la cazadora de cuero. Fue entonces cuando sorprendí el brillo. Fue como un relámpago fugaz, rojo y azulado en los bordes. Si no hubiese estado tan pendiente del ocaso seguramente me hubiese pasado desapercibido, pero no, lo había visto claramente y durante algunos segundos aguardé a que se repitiera.

La espera me llevó todo el cigarrillo y entonces escuché el sonido de la voz de Quinley en el emisor del j coche.

—Aquí el emperador del asfalto —bromeé.

—Estupendo, chico, continúa haciendo chistes y te aumentaré el sueldo.

—¿Qué ocurre, Norman?

—Tienes que regresar. Pete tiene el coche averiado y necesitamos tu patrullero. ¿Qué haces allí todavía? ¿Contemplas el crepúsculo?

—Eso es.

—¿Alguna novedad? —se burló.

—Tal vez. He visto un fogonazo en la meseta.

—Déjate de pamplinas y trae el patrullero, Percy.

—Déjame echar una ojeada, ¿quieres?

—¡No! Hazlo por tu cuenta, pero ahora trae el coche. Sé buen chico, ¿eh?

—De acuerdo.

El resplandor no se repitió, de modo que subí al automóvil, di una vuelta en redondo, de esas que caracterizan a los policías de todas las películas, y emprendí el regreso a Eureka.

Pete me aguardaba en el patio de la comisaría, y se marchó en cuanto yo me bajé del patrullero.

—Vamos, chico, te invito a una copa —rugió Quinley desde el portal del edificio.

—No, gracias sheriff. Voy a investigar un poco ese resplandor.

—¿Qué es lo que temes? ¿Un incendio en la meseta?

—Tal vez descubra un equipo de la NASA jugando con explosivos nucleares.

—Pídeles un autógrafo para mí.

—¿Puedo llevarme un equipo completo?

—¿Hablas en serio?

—Desde luego.

—¿Fusil, municiones y supervivencia?

—Eso he dicho.

—Creo que te estás volviendo loco.

—Escuche, sheriff, estuve cinco años en Indochina y sólo aprendí una cosa allí, a sobrevivir.

—Dramatizas, pequeño.

—Bien, iré sin el equipo —dije, fastidiado.

—Cógelo, maldita sea. Me pones nervioso.

—Gracias, sheriff. No me olvidaré de nombrarlo cuando me citen para la televisión.

De pronto, Quinley cambió su expresión burlona y se pasó una mano por la cuadrada barbilla áspera.

—No lo sé, pero lo que vi no fue un reflejo del ocaso. De eso estoy seguro.

—¿Quieres que te lleve?

—¿Y prohibirle su whisky nocturno? ¡Jamás! Iré en mi

motocicleta y pasaré por el «Versalles» en cuanto esté seguro de que no ha ocurrido nada por qué preocuparse.

—No me hagas esperar, muchacho, o tendrás que pagarte tu propia copa.

—Hasta la vista, sheriff —saludé y entré en el edificio.

Tuve que firmar un documento para retirar el equipo. Sandy, el viejo sargento que custodiaba el arsenal, me miró como a un bicho raro.

—¿Te vas de safari?

—Sólo a cazar algunos gatos para la cena anual de la policía —repliqué.

Cargué la mochila sobre los hombros y salí a la calle. El viento crecía por momentos y teñía el aire con el molesto polvo del desierto. La atmósfera parecía irreal contra las luces de neón de la ciudad y tuve una súbita sensación de inquietud. No me preocupé por ella y fui directamente hasta el garaje donde dejaba la motocicleta. Ajusté la mochila contra el respaldo de acero y puse en marcha el motor. Me alejé de Eureka y de las gentes apresuradas por llegar a sus casas para evitar el viento polvoriento y cada vez más frío.

Me detuve en el arcén, en el mismo sitio desde donde había visto aquel fugaz resplandor. El horizonte aparecía oscurecido por el polvo y la noche, distante y silencioso. Saqué los prismáticos y observé durante varios minutos la espesa penumbra.

No vi absolutamente nada que llamara mi atención.

Estaba seguro de que algo había ocurrido en la meseta, a unos diez kilómetros todo lo más del lugar en que me encontraba, pero, a la vez, no atinaba a comprender de qué podía tratarse. No había mucha relación entre mi afán de exploración y la decisión de coger un equipo completo. Sin embargo, la guerra me había convertido en un individuo precavido. Siempre que salía a cumplir alguna misión llevaba todo lo necesario, aunque fuese una misión relámpago. Los imprevistos suelen causar más bajas en un ejército que el peligro esperado.

Puse la primera marcha y me interné en el desierto, marchando a campo traviesa. Había pertrechado a la motocicleta con neumáticos todoterreno y un reflector manual. Mi único *hobby* era salir solo o

con una compañía agradable, acampar bajo las estrellas y vivir de la caza y de la pesca. Cuando tenía algún día libre, me marchaba al desierto y procuraba hacerme a la idea de que el mundo todavía permanecía en el siglo pasado y que todo eso que llaman polución, superpoblación, miseria, hambre y mortalidad infantil eran sólo inventos del futuro que todavía no me habían contaminado. Regresaba a Eureka desintoxicado para continuar soportando la triste realidad y soñaba con la próxima escapada «naturista».

Avancé a velocidad reducida porque los accidentes del terreno no eran pocos y volví a detenerme al cabo de cinco o seis kilómetros. No sabía qué era lo que buscaba, sólo sabía que estaba allí, en algún sitio, delante de mí. Durante algunos minutos me pregunté si no estaría comportándome como un imbécil, paseando por la noche cuando al día siguiente debía regresar al servicio a las siete de la mañana.

Mi duda duró muy poco. Allí había algo. Podía sentirlo casi como una presencia física, la misma intuición que me asaltaba en la jungla cuando el peligro acechaba entre la hojarasca.

Mis prismáticos no detectaron absolutamente nada. Saqué la cantimplora y bebí un trago de whisky. Detuve el motor de la motocicleta y encendí un cigarrillo. No supe muy bien por qué lo hice, pero algo me indicaba que debía reflexionar.

Había apartado de mi espíritu la sensación de estar jugando a los fantasmas, pero aun así no me sentía completamente seguro de qué diablos me había impulsado a investigar por mi cuenta un hecho tan desapercibido como un resplandor breve y distante. Podía haber un millar de explicaciones para aquel fogonazo y sin embargo, presentía que se trataba de algo diferente.

El viento redujo su ímpetu durante algunos momentos y el polvo dejó de azotarme el rostro. Vi un grupo de estrellas y el gajo tímido de una luna creciente.

Puse en marcha el motor y continué el avance hacia el punto que me había fijado. La meseta era árida y recia, y a la escasa luz momentánea de la luna y las estrellas, parecía todavía más yerma y agotada.

Fue en ese momento cuando escuché el sonido. Era como un silbido apagado y continuo. Me sirvió de guía y enfilé hacia él. El

viento volvió a cobrar fuerza y el silbido desapareció. Había llegado casi al extremo del amplio cañadón socavado por siglos de intemperie brutal y reduje aún más el gas de mi máquina. Busqué el sendero que atravesaba la ligera ladera del cañadón y me interné por él. El viento no soplaba tanto en aquel tramo y el silbido llegó hasta mí como si proviniera de allí mismo, a pocos metros de distancia.

Sentí una nota de alarma en mi cuerpo, tensé involuntariamente los músculos y clavé los frenos. Justo a tiempo, porque una sombra cruzó con rapidez delante del haz de luz del faro y se perdió en la oscuridad.

—¡Alto! —grité, más por escuchar mi propia voz que para detener a la sombra.

En realidad podría tratarse de algún animal, aunque sabía que era poco probable. Es cierto que había pumas en las inmediaciones, pero la aguada más próxima estaba a cuarenta kilómetros al oeste y...

Interrumpí mi reflexión. El silbido se hizo más intenso. Manipulé el reflector y busqué la sombra a mí alrededor. No pude hallarla y decidí avanzar en su misma dirección.

En un pliegue de aquella corteza de roca dura recubierta por una capa arcillosa, vi a la muchacha.

—¿Qué te ocurre? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

No respondió y la iluminé desde muy cerca. Nunca había visto una mujer igual. Era alta, de cabellos negros muy largos que caían sobre su pecho, piernas largas y perfectas y rostro bellísimo. Sus ojos profundos y negros parecían destilar un brillo agigantado por el estupor y el miedo. Y lo que más me Sorprendió fue su absoluta desnudez.

Fijé el reflector en un costado para no revelar con mayor crudeza su desnudez y bajé de la motocicleta.

—No temas —dije—, soy policía. Ten calma, voy a ayudarte.

Di un paso hacia ella y levantó los brazos.

Sólo estaba a seis o siete metros de distancia y pude detectar en su respiración agitada el silbido que había escuchado en la noche. Era como un estertor de fatiga que el viento había acrecentado hasta convertirlo en aquella nota desgarrada.

—¿Te encuentras bien? La mujer me miraba fijamente.

Movió la cabeza a derecha e izquierda sin dejar de clavar en mí

sus ojos profundos y destellantes.

—¿Has tenido un accidente? ¿Hay alguna persona contigo que necesite ayuda?

Di varios pasos y reduje a la mitad la distancia que me separaba de ella.

La mujer apretó los brazos sobre su pecho y desvió ligeramente la mirada por encima de mi hombro.

Y descubrí que no estaba desnuda. Una prenda cubría su cuerpo como una segunda piel. Calzaba unas botas sin tacón de un tono más oscuro que el resto del insólito atavío y sus formas generosas y sensuales destacaban contra aquella malla que vestía como una llamada estremecida.

—Yo... —comencé a decir y entonces ella lanzó un alarido.

Fue un grito espantoso y aterrorizado. Me volví, buscando el origen de aquel aullido demencial y... el mundo se esfumó dentro de un negro embudo vacío.

Nadé dentro del embudo como un pez frenético y ansioso de luz, abrí los párpados con la sensación de que una pasta densa y pegajosa pugnaba por mantenerlos adheridos a las pupilas. Y los vi. Sólo eran dos sombras altas y ligeramente encorvadas, arrastrando a la mujer cuyo traje brillaba con el reflejo indirecto del reflector de mi motocicleta.

Me arrodillé con dificultad y en un movimiento reflejo busqué en mi cabeza el golpe que me había desvanecido durante unos pocos segundos. No había señales de golpes en el cuero cabelludo y no sentía dolor en parte alguna. Sin embargo, la sorpresa no postergó mi i reacción de defensa de la mujer. Extraje el revólver reglamentario, un S. & W. del 38 pesado y efectivo, y apunté al grupo que se alejaba mientras avanzaba tambaleándome hacia él.

—¡Alto! —grité—, ¡Un paso más y disparo!

Mi voz resonó en el desierto como la proclama de un guerrero. Pero no tuvo eco en el grupo que continuó alejándose. La muchacha ya no era arrastrada, sino que caminaba entre los dos acompañantes como si estuviese de acuerdo con ellos.

Lo que hice entonces no está aconsejado en ningún manual de la policía.

Corrí hacia ellos y golpeé con el revólver a uno de los

desconocidos. Se dobló hacia adelante y cayó arrodillado. El otro se volvió rápidamente y antes de verlo lancé un puntapié a su estómago. Y eso me salvó. Si mi patada no hubiese sido una especie de acto reflejo mil veces practicado en situaciones de lucha, la sorpresa me hubiese paralizado. Porque el rostro de aquel... individuo, no era exactamente como el que uno está dispuesto a hallar sobre los hombros de los seres humanos. Pero tampoco era un monstruo.

De todos modos cayó hacia adelante y yo cogí a la mujer de un brazo para correr en dirección a la motocicleta. En aquel momento mi única preocupación era alejarme de ellos... no hallar una explicación. Pero resultó inútil.

# CAPITULO II

La mujer pareció reaccionar y corrió velozmente a mi lado. La luna se ocultó detrás de una nube y el viento volvió a soplar levantando una telaraña de polvo rojizo y violento.

Llegamos junto a la motocicleta y la monté sobre el asiento, le di el arranque y giré sobre el terreno reseco haciendo derrapar la rueda posterior. Durante algunos metros avancé a gran velocidad, sometiendo el motor al máximo de revoluciones en segunda marcha y repentinamente el lugar se iluminó con el mismo resplandor rojizo, ribeteado de azul, que había visto pocas horas antes. La mujer lanzó un gemido y el motor de la motocicleta se detuvo como por arte de magia.

Salté de mi inútil cabalgadura arrastrando detrás mío a la muchacha. Cogí la mochila y nos apresuramos a buscar una protección entre las achaparradas matas de la meseta.

Estaba montando el fusil cuando percibí el sonido. Era una especie de silbido que crecía continuamente y me invadía el cerebro. Experimenté la sensación de que aquel sonido devoraba mis ideas, se instalaba como una presencia hambrienta en mi cabeza y fagocitaba mi raciocinio, me limpiaba de pensamientos. Luché contra él con desesperación, pero no pude detener su prepotente presencia y en el último instante miré a la mujer procurando aferrarme a algo conocido...

Ella miraba hacia el punto del que habíamos huido. Su expresión no era de temor ni de angustia, era simplemente una máscara desprovista de emociones, un rostro vacío.

Y el embudo negro volvió a atraparme en su espiralada atracción y esta vez, incapaz de resistirme, me dejé conducir al paisaje más oscuro y profundo que había percibido jamás.

No sé exactamente si lo que ocurrió después fue volver a tomar consciencia de las cosas. Me hallaba en un cuarto, o al menos así me lo pareció entonces. Sólo que era un cuarto extraño, iluminado por un fulgor indefinible y absolutamente silencioso. Tenía el piso, las paredes y el techo pintados de un color agradable, en tono pastel, pálido, amarillento. Yo me hallaba acostado en un lecho duro pero

absolutamente cómodo. No había ventanas allí y la luz, el fulgor, no provenía de ningún sitio en especial. Parecía brotar por generación espontánea de cada partícula de aire. En un extremo vi la motocicleta y mi equipo dentro de una burbuja plástica translúcida. Me incorporé de inmediato y me dirigí allí para comprobar el equipo. Todo estaba en su sitio, incluso las armas y municiones. Busqué una puerta y no pude hallarla. No podía pensar con claridad en lo que ocurría a mi alrededor y, sin embargo, por alguna razón que no puedo comprender incluso hoy, no se me ocurrió deducir que estaba soñando. En absoluto. Estaba despierto, alerta, con todo mi equipo, en una especie de estancia de ciencia-ficción.

Y fue precisamente esta reflexión la que me hizo aventurar por primera vez la hipótesis de que estaba viviendo algo... sobrenatural, ajeno a las leyes que organizan la vida en la Tierra.

Un rumor levísimo me hizo prestar atención y luego, en un extremo del cuarto, un panel se deslizó y entró la muchacha.

Parecía serena y vestía igual que la primera vez que me encontré con ella.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

Ella sonrió.

No me sentía particularmente asustado, sólo sorprendido. Quizá mi prolongada actividad de soldado y luego de policía me habían curado para siempre de las sorpresas, cualesquiera que fuesen. Seguramente la constante presencia de la muerte había simpatizado conmigo y por lo tanto, mis reacciones no dependían del temor a morir.

Lo cierto es que me acerqué a la muchacha y le cogí las manos.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —dijo con una voz profunda y agradable.

—¡Estupendo! Comenzaba a creer que eras muda.

—No soy muda.

—Dime, ¿estoy secuestrado?

Ella movió la cabeza negativamente.

—¿Y tú? ¿Vives cerca de Eureka?

Volvió a sonreír. Era una sonrisa hermosa y a la vez amarga, como si estuviera resignada para siempre a vivir una pena inconmovible.

—¿Qué te ocurre? ¿No entiendes mis palabras?

—Sí, ahora las comprendo.

Esta vez me sentí francamente estupefacto.

—¿Ahora?

—Ahora conozco tu lengua.

La atraje hacia mí y la guie hasta el lecho donde había despertado. Nos sentamos uno junto al otro, cogidos de las manos, como suelen hacer los médicos psiquiatras con los enfermos mentales. Sólo que en esta ocasión yo ignoraba quién jugaba el rol de médico y quién el de enfermo.

—¿Dónde estamos?

—Hemos vuelto al espacio.

—¿Al espacio?

—Eso es.

Parecía cada vez más triste, pero su rostro conservaba una expresión de absoluta serenidad.

—¿Quieres decir que estamos en una nave?

—El *Sharmiu*.

Tenía que dejar de pensar en cosas fantásticas porque de lo contrario me volvería loco.

—¿Cómo te llamas?

—Garla. ¿Y tú?

—Cardan.

—¿Cuál es tu planeta?

—La Tierra —repliqué y me sentí estúpidamente ridículo. Durante unos segundos esperé ver aparecer a Norman Quinley con su calva lustrosa y riendo como un cocodrilo ante mi facilidad para ser embaucado por aquella puesta en escena.

Pero no era una puesta en escena.

—Ahora tú también eres un *móvil* —dijo ella mirándome a los ojos.

—No te comprendo.

—Yo soy un *móvil* y ahora tú también lo eres. Regresamos.

—¿Regresamos? ¿Qué quieres decir?

—El *Sharmiu* fue reparado y regresamos a *Izzard.* Es mi planeta.

—No conozco ese planeta.

—No puedes conocerlo, no está en tu sistema solar, ni siquiera

en tu galaxia. Tal vez no puedas comprenderlo. Nuestro viaje no se mide en años luz sino...

Yo no soy un experto en astronomía ni en física ni en ninguna de esas cosas que sirven para que los científicos nos sorprendan día tras día. Soy un hombre corriente. Pero me gusta conocer lo que está ocurriendo a mí alrededor, sobre todo si yo estoy metido en ello.

—Procura explicármelo, Garla. Por favor.

—Viajamos a saltos progresivos —dijo con naturalidad—. Saltos de millones de años luz, controlados por los *fijos.*

—¿Quiénes diablos son los *fijos*?

—He venido a explicártelo, porque desde ahora vivirás en *Izzard.*

Procuré controlar mi furia creciente. No hay nada tan desesperante como encontrarse en una situación que no tiene pies ni cabeza. Allí estaba yo, en una nave espacial, viajando lejos de la Tierra en compañía de una mujer maravillosa llamada Garla, que según sus propias palabras era una *móvil* y transportada por los *fijos*, seguramente esos individuos extraños a los que había golpeado en la meseta.

De pronto sentí añoranza por Eureka, por las copas que solíamos beber con el sheriff y me alarmó recordar que seguramente se hallaría en el «Versalles» esperándome. Casi estuve a punto de echarme a reír.

—Está bien, muchacha. Explícame lo que puedas.

—Esta nave salta en el espacio. Desaparece en un punto y reaparece en otro, instantáneamente, a millones de años luz de distancia. Es todo lo que sé. Los *móviles* no somos científicos.

—¿Por qué me habéis cogido?

—Lo hicieron ellos, no yo. Estaba tratando de escapar cuando apareciste en el desierto y luchaste con ellos. Utilizaron su tecnología para reducirte antes de que tú los vieras, pero de algún modo conseguiste reaccionar antes de que lograran llevarme nuevamente a la nave y entonces, una vez que tú los descubriste, ya no podían dejarte allí.

—Podrían haberme matado.

—No.

—¿Por qué estás tan segura?

—Los *fijos* no matan en sus viajes, sólo en *Izzard* y...

El panel se deslizó y Garla se volvió hacia la abertura iluminada.

—Tengo que irme ahora.

—Voy contigo.

—No puedes. Tienes que esperarme. Volveré.

—¡Quédate!

—No puedo. Ya comprenderás... más adelante.

Se dirigió a la abertura y salió de la estancia. El panel volvió a cerrarse y me quedé solo.

Me froté la barbilla. Sentí la barba dura y crecida. Era una barba de tres días cuando menos y yo recordaba haberme rasurado la mañana del día en que... Comprendí que debía hacer al menos dos días que viajábamos en aquel navío llamado *Sharmiu* a un planeta llamado *Izzard*.

No podía creerlo.

Me acerqué a la motocicleta y presioné el botón del arranque. No obtuve ninguna respuesta de la máquina.. Inspeccioné el motor cuidadosamente. Estaba en perfectas condiciones, sólo que por alguna razón no se encendía.

Cogí el fusil y comprobé su carga. Hice otro tanto con el revólver y lo puse nuevamente en la cartuchera que llevaba en el cinturón. Estaba armado y en perfectas condiciones físicas, sólo que ignoraba para qué me serviría mi equipo dentro de un navío espacial y para luchar contra unos seres que no habían querido eliminarme.

Un chispazo de desesperación cruzó mi cerebro y dejó una huella dolorosa. Traté de reflexionar sobre la situación. Con excepción del sheriff, un par de amigos y varias mujeres de vida ligera que había conocido en los bares de Eureka no tenía a nadie más por quién preocuparme. Estaba solo en el mundo. Pero se trataba de *mi mundo*. Desde otro ángulo, el episodio absurdo que estaba viviendo me entusiasmó. Un entusiasmo poco grato, o tal vez aterrador, pero entusiasmo al fin. Iba hacia un sitio ignorado junto a una muchacha preciosa que había prometido regresar a mi lado. Había muchas cosas que deseaba conocer y ella me las diría.

Entonces, sólo entonces, cuando supiera lo suficiente de aquella pesadilla en que me había metido casualmente, decidiría qué hacer, si es que todavía había algo al alcance de mi mano.

Me entretuve inspeccionando todo el equipo: botiquín de campaña, cuerdas, alimentos envasados, saco de dormir, agua, whisky... Cogí la cantimplora y eché un buen trago. Luego encendí un cigarrillo. Tenía un par de cajetillas y aunque no soy un fumador empedernido pensé que tendría que racionarlos. Lancé una carcajada. Percy Cardan, patrullero de Nevada en viaje al espacio exterior, preocupado por su reserva de cigarrillos.

Dejé de reír cuando terminé el cigarrillo y sentí los efectos del whisky en mi estómago vacío.

Era tiempo de reflexionar con mayor serenidad.

Garla era una mujer bellísima. En cambio, los dos individuos que yo había golpeado en el desierto eran hombres o, al menos, lo habían sido hasta que se volvieron hacia mí. Entonces dejaron de ser estrictamente humanos. O quizá no, quizá se tratara de algún tipo de desarrollo diferenciado. Porque la cabeza era grande, ligeramente triangular, con un cabello corto y espeso y un rostro descarnado. Ojos enormes, de grandes párpados semicerrados y pómulos hundidos, casi esqueléticos. La nariz era un apéndice finísimo, recto y largo que remataba en labios parecidos a cicatrices secas. Si hubiese tenido que definir aquellos rostros, diría que pertenecían a ancianos raquíticos de cuatrocientos años, que, por algún milagroso procedimiento, habían conservado un cuerpo juvenil y elástico.

Sólo que eso era imposible. Al menos, en la Tierra.

Bien. Sabía que Garla era diferente de aquellos sujetos avejentados y somnolientos. Ella había mencionado esa diferencia. Había dicho que ellos eran los *fijos* y ella, e incluso yo mismo, éramos *móviles.* Una extraña definición que no me informaba de nada.

El zumbido del panel al abrirse me hizo abandonar la reflexión. La muchacha estaba allí. Y sonreía.

—Tengo hambre —dije.

—Ven, te llevaré a comer.

Me cogió de la mano y avanzamos por un corredor iluminado por el mismo fulgor de mi cubículo. Las paredes curvas del pasillo remataban encima de nuestras cabezas en un reticulado de fibras elásticas, aparentemente móviles, que parecían latir como luminosos capilares gigantes. Aquella red perfecta y palpitante se prolongaba

hacia lo alto hasta esfumarse en el choque luminoso de los diferentes haces de colores y sus múltiples reflejos.

—¿Qué es eso, Garma?

—El corazón energético del *Sharmiu.*

—Parece que estuviera vivo.

—Y lo está.

No pude replicar nada.

—Dime, muchacha. Ellos, los *fijos* como tú los has denominado, ¿no desean hablar conmigo?

—Yo hablo por ellos, Cardan.

—¿Tú?

—Ellos no hablan.

—Pero entonces, ¿cómo es que tú...?

—Aquí es donde puedes alimentarte —dijo ella, interrumpiéndome.

El pasillo había desembocado en un gran espacio circular, muy alto y amplio, donde había una serie de hombres y mujeres ataviados como Garla, ocupados en alimentarse.

Comían con gran delicadeza con cubiertos que no producían sonido alguno.

—Ven, éste es nuestro sitio —dijo la muchacha.

Nos sentamos ante una mesa fija, blanca, solamente para nosotros dos. El resto de los comensales, una treintena, también se sentaba en parejas. Me observaron con una cierta curiosidad, pero ninguno manifestó la intención de comunicarse conmigo.

—La comida consistía en algo semejante a un filete y una guarnición que parecía compuesta por semillas de diversos formatos y colores. Todo muy apetitoso, pero que no tenía el sabor de nada de cuanto yo hubiese degustado con anterioridad.

—¿Qué es esto?

—¿No te apetece?

—¡Oh, sí, es muy sabroso!

Ella sonrió con su melancólica tristeza.

—Son productos de nuestro planeta.

Durante varios minutos comimos en silencio. Bebimos una especie de caldo tibio y dulce y no intercambiamos más palabras hasta que acabamos los alimentos.

—¿Por qué no hablan entre ellos?

—No tienen nada que decirse —replicó la muchacha.

—¿Cómo es que tú hablas mi idioma?

—Porque me he preparado para ello.

Me explicó que mientras yo dormía ella había asimilado mi idioma y también las pautas culturales que anidaban en mi cerebro. Por lo que me dijo, supuse que sabía cosas que mi inconsciente ni siquiera me permitía conocer a mí mismo.

—¿Puedo hablar con ellos, Garla?

—Ellos saben de ti lo mismo que yo. Lo han aprendido a través mío.

—¿Quieres decir que tú les transmites todo lo que has asimilado de mi cerebro?

—Sí, eso es. Y se sienten felices.

—¿Por qué?

—Porque es la primera vez que sienten esperanza.

—Creo que no consigo comprenderte.

—Cuando tú me encontraste yo procuraba escapar de los *fijos*. Era la primera vez que nos deteníamos en un planeta semejante al nuestro. Y fue un accidente. La nave se estropeó y hubo que descender para repararla. Era mi única oportunidad de huir y la aproveché. Casi lo logro, Cardan.

—¿No te han castigado?

—No. Está prohibido durante los viajes. Sólo cuando lleguemos a *Izzard.*

—¿Qué te ocurrirá entonces?

—Suprimirán mi cuerpo.

Mi expresión debió resultar muy elocuente porque la mujer se puso de pie y me tendió la mano.

—Ven —dijo—, hablemos en otro sitio. Mis camaradas se ponen nerviosos.

Miré a los comensales. Todos me miraban con atención y creí descubrir una chispa de entusiasmo en sus pupilas oscuras.

Seguí a Garla hasta un extremo de aquel insólito comedor y salimos a un corredor diferente. Esta vez era más oscuro y en el techo no existía el entramado fulgurante.

Garla se detuvo ante un panel que ostentaba un símbolo parecido

a un cangrejo. Dijo algo incomprensible para mí y el panel se abrió.

—Aquí estaremos seguros, Cardan.

—¿Qué has querido decir con eso de que suprimirán tu cuerpo?

—Los *fijos* no admiten la rebeldía. Quitarán mi cerebro y lo destruirán. Pondrán en su lugar un cerebro virgen y entonces suprimirán mi cuerpo. Es decir... lo suprimirán para mí, porque yo dejaré de ser Garla. ¿Comprendes?

—¡Es increíble!

—No, es sencillo. Sólo tienen que efectuar el cambio, del mismo modo que si se tratara de una mano herida o un miembro mutilado. Se hace continuamente en los talleres.

—¿Talleres?

—Tú los llamas hospitales. Dime, Cardan, ¿quieres ayudarme?

—Claro que sí, muchacha. Pero antes debo saberlo todo, conocer...

—Te comprendo. Trataré de explicártelo por muy extraño que te parezca.

# CAPITULO III

Su historia era fascinante. En un primer momento olvidé que realmente me hallaba en una nave, volando en el espacio exterior, y la escuché como un niño interesado por los cuentos de una abuela dedicada y fantasiosa.

*Izzard* era un planeta agotado. Garla no lo sabía pero su descripción de *Izzard* en lo que ella denominaba su «antigüedad» no parecía muy diferente a los tiempos que corrían en la Tierra. La tecnología y la ambición son dos bichos que se reproducen sin cesar, como células malignas o benignas, según sea el caso. En *Izzard,* la reproducción había sido maligna y lo que ella explicó como la «Guerra Única» encontró a las dos potencias, también únicas, en que se dividía el planeta, en condiciones precarias para soportar la hecatombe. Muchas vidas se perdieron entonces y de ello habían pasado ya varios siglos.

—¿Qué ocurrió después de la guerra, Garla?

—Eso... es algo que sólo sabemos parcialmente los *móviles.*

—¿Qué diablos significa eso de *móviles* y *fijos*?

—Ellos, los *fijos*, son los ancianos supervivientes y...

—¿Los supervivientes? —pregunté azorado—. ¿No me has dicho que han pasado siglos desde entonces?

—Eso es. Escúchame y no me interrumpas.

—Lo siento.

De su minucioso relato deduje que debía olvidarme de mi lógica de terráqueo medio para entrar en el camino de una fantasía real y distinta.

Y no fue sencillo.

Un grupo de científicos de las dos potencias, previendo la inevitabilidad de un holocausto feroz, se retiraron a un área superprotegida y distante, se aislaron durante años y soportaron allí, ajenos a la depredación y la barbarie, un largo período de contaminación ambiental. Habían tomado una decisión. Dicho en síntesis, aunque parezca el sueño de un loco, su resolución consistió en inventar un nuevo tipo de hombre, un hombre estable, que dependiera de ellos, que sólo se reprodujera en la medida en que

fuera deseable y que en vez de morir fuese capaz de ser alterado en sus imperfecciones para revivir siempre que ellos, los *fijos*, asistidos por su mágica tecnología, lo estimaran conveniente. Parecía un proceso burocrático de preservación científica de una raza artificial, y, según avanzaba Garla en su relato, así fue.

—Explícame qué ocurrirá contigo al llegar a *Izzard*.

—Perderé mi cuerpo.

—Por lo que me has contado lo que harán es trasplantarte un nuevo cerebro.

—Para mí será perder mi cuerpo. Así lo llamamos. Destruirán mi cerebro y en su lugar colocarán otro. Un cerebro virgen que acepte las leyes.

—¿Quiénes se ocupan de la tarea de coger a los rebeldes?

—Los guardianes.

—Entiendo.

—Yo... no soy igual a los demás, Cardan. He trabajado en varios viajes y sé más que el resto de los *móviles*. Sólo buscaba una oportunidad. Creí haberlo conseguido en tu planeta, pero ellos me cogieron.

—¿Por qué? ¿Por qué huir si todo parece tan ordenado en tu mundo?

—No lo sé... quiero ser yo misma. Elegir.

—Eso se llama libertad.

—Sí, así es como tú lo denominas. Conozco tu cerebro.

—¿Sabes qué es el amor?

—Sí.

—¿Y tu familia?

—¡Ah, sí, mi unidad! —exclamó la muchacha, sonriendo.

—Supongo que tratarán de protegerte.

—No, no pueden ir contra la ley o sufrirían mi misma pena.

—¿Dónde puedes ir en *Izzard* para huir de ellos?

—No es posible huir...

—¿Cómo voy a ayudarte entonces?

—Quiero que...

—Sí, dime.

—Sé que tú has estado en la guerra y que eres una especie de guardián en tu planeta.

—Continúa.

—Quiero que me mates.

—Pero...

—Que destruyas todo mi cuerpo. Deseo morir por completo, y que no puedan reconstituirme.

—No puedes pedirme algo semejante. Tiene que haber alguna otra alternativa.

—No la hay. He pensado mucho en ello, y no la hay.

—Háblame de *Izzard.*

—Es un planeta pequeño, mucho menor que el tuyo. Después de la Guerra Única los *fijos* iniciaron un nuevo orden, en el occidente.

—¿Qué hay en el oriente?

—Nada. Mar.

—¿Estás segura?

—Es lo que he aprendido.

—Procura recordar. ¿Nadie te ha hablado jamás del oriente?

—Está prohibido. Allí...

—Recuerda, muchacha.

—Dicen que los *fijos* no reconstruyeron el oriente.

—¿Vive alguien allí?

—Nadie lo sabe.

—Es posible que los supervivientes del holocausto hayan conseguido recuperarse en parte y que estén allí, en esa área.

—No lo sé. Pero la guerra fue atroz y no pueden haber sobrevivido del mismo modo que nosotros... porque ellos deben ser... naturales.

—¿Naturales?

Un zumbido inundó el cubículo de la muchacha.

—He de irme. Volveré más tarde.

—¿Puedo recorrer la nave?

—No, aguárdame en este mismo sitio o los guardianes de a bordo te cogerán y ya no podremos vernos.

—¿Qué me harán si me cogen?

—Tú espérame aquí. Por favor...

—Eres una buena chica, Garla. Te esperaré sin moverme.

Durante unos momentos, de pie frente a mí, me pareció leer algo en su mirada profunda y oscura. Pero antes de que pudiera adivinar

de qué se trataba, Garla dio media vuelta y salió de su cápsula.

Me senté en el lecho. Era una plancha dura pero extrañamente cómoda. No había mobiliario alguno, con excepción de un panel que comunicaba con un cuarto que podríamos llamar de aseo. Encendí un cigarrillo y reflexioné sobre su propuesta. Quería que yo la matara y que no sólo le quitara la vida, sino que destruyera su cuerpo, que la convirtiera en algo imposible de reconstituir. Era demencial.

«¿Y yo —me dije—, ¿qué haré yo en un mundo semejante?»

No tenía respuesta. Comencé a sentirme desasosegado. Era como si por primera vez desde que se iniciara aquella absurda aventura, me detuviese a pensar realmente en lo que me estaba ocurriendo.

Terminé el cigarrillo y entré en el cuarto de aseo. En un extremo había una especie de sarcófago vertical, translúcido, como una ducha protegida por una mampara.

Me desvestí y entré en el sarcófago. Presioné un botón y miles de finísimos chorros de agua masajearon mi cuerpo produciendo un vapor de olor agradable y penetrante. Sentí que mis músculos recuperaban su mejor tono y que los pulmones se desintoxicaban por completo. Dos minutos después el agua desapareció y en su lugar surgió una agradable corriente de aire cálido, igualmente fragante, que secó mi piel con rapidez. Cuando abrí la puerta del sarcófago de aseo me encontré con la sonrisa de Garla.

—No te esperaba tan pronto y decidí experimentar con esto...

Miró mi cuerpo palmo a palmo y confieso que aun cuando nunca disfruté con el exhibicionismo, tampoco he sido un puritano absoluto. Su observación, risueña y hasta inocente, me llenó de turbación.

—¿Nunca has visto un hombre desnudo? —pregunté para salir del arrobo.

—Sí, los he visto, pero ninguno como tú.

—¿Qué me encuentras de sorprendente?

—Yo... no lo sé.

Dio un paso hacia mí y pasó su mano tibia por mis pectorales, acarició embelesada el largo costurón de una cicatriz que cruzaba mi costado y que me había llevado al borde de la muerte y luego me

miró fijamente a los ojos.

—¿Por qué no te han cambiado la piel?

Confieso que estuve a punto de echarme a reír.

—Es una cicatriz perfectamente elaborada, pequeña. Tendrías que haber visto la herida y comprenderías que es una verdadera obra de arte.

—¿Quieres que te haga cambiar la piel? ¿Tienes más cicatrices?

Me volví para que viera algunas condecoraciones de metralla que llevaba entre los omóplatos.

—Es extraño —dijo mientras pasaba las yemas de sus dedos por las viejas heridas.

—Muñeca —dije, comenzando a sentir los efectos de sus caricias—, me estás poniendo nervioso.

—¿El sexo? —preguntó a mi espalda, con su voz profunda e inocente.

—Eso es. Supongo que conocerás el tema, ¿verdad?

—No lo sé.

Me di la vuelta.

—¿Qué edad tienes, Garla?

—Treinta años sin taller.

—¿Qué significa *sin taller*?

—Que jamás me han sustituido ninguna parte de mi cuerpo.

—Ya.

—Y... —parecía dubitativa pero obsesionada con una idea fija—, ¿qué es el sexo, Cardan?

—Dime, pequeña, ¿cómo tenéis hijos vosotros en *Izzard*?

—En los talleres. Pero yo aún no he sido designada para ningún hombre. Soy una *móvil* que viaja y por lo tanto...

—Explícame qué hacéis con los hombres.

—Bueno... nada especial, y no está relacionado con los hijos. Sé qué piensas tú porque conozco tu cerebro, pero no lo comprendo muy bien.

—Ven aquí.

Dicen que el peligro y el sexo son camaradas que corren juntos. Yo no estoy del todo de acuerdo con esa teoría. En la jungla jamás se me ocurrió pensar en un cuerpo de mujer mientras aguardaba una ráfaga desde la fronda. Sin embargo, ahora sentía algo creciente en

mí, como una única oportunidad de dar algo que yo sí sabía, que me pertenecía por completo, que me proporcionaba alguna ventaja frente a aquella escenografía dislocada que estaba compartiendo con mi singular partenaire.

Garla se acercó y yo la cogí del rostro para besarla. Se sintió sorprendida en un principio, pero aprendió con rapidez y la caricia fue prolongada y profunda.

—Garla, yo... —dije procurando separarme de ella pero me aferró con fuerza y me empujó hacia su lecho.

—Aguarda —dijo—, voy a mostrarte mi cuerpo.

Se quitó su traje elástico y permaneció de pie, absolutamente desnuda, junto a mí. Su cuerpo era perfecto. Senos grandes, redondos y erguidos, un vientre chato y liso, muslos plenos, ligeramente musculosos y nalgas altas y duras. Giró delante mío como una maniquí que exhibe el mejor y más preciado de sus modelos.

—¿Soy igual que las mujeres de la Tierra? —preguntó con ingenuidad.

—Mucho más perfecta. Eres hermosa.

—¿Hermosa?

—Eso es, bellísima.

Experimenté una sensación de bloqueo. Era como estar frente a una mujer deseable y excitante con una mentalidad de chiquilla.

—Nosotros también nos unimos —dijo con sencillez—, eso que vosotros llamáis hacer el amor.

—¿Por qué lo hacéis?

—Porque dicen los *fijos* que es sano y necesario.

—¿Y placentero?

—Sí, de vez en vez, cuando por alguna razón no es un ejercicio breve.

Estiré una mano y la cogí por la cintura. La atraje y besé su boca absorta. La eché a mi lado y sin prisas, con una ternura que nunca había experimentado, busqué las teclas de su cuerpo, el itinerario de un placer que adivinaba en ella como un presagio, como una anticipación de todo un universo diferente y que sólo se halla cuando la piel da paso al lenguaje de una evasiva felicidad.

—Cardan... —murmuró. Tenía los párpados cerrados y su

corazón latía aceleradamente. Era un animal vivo y estremecido.

—Calla, pequeña...

Continué flotando sobre su piel como un ave cálida y a la vez sanguinaria, atendiendo a sus reacciones, colmándola con infinita dulzura, y entonces, repentinamente, abrió los ojos, aferró con fuerza mi cuello y dijo entrecortadamente:

—¡Cardan, tengo miedo!

Volvió a cerrar los ojos y lanzó un grito de placer y extrañeza, abrazada a mí, estremecida y desesperada.

Y yo también sucumbí a su espasmo, la guie felizmente en su largo placer de mujer extraña y recién nacida a un goce distinto e inesperado.

No se apartó de mí. Continuó muy unida a mi cuerpo, respirando con voracidad, trémula y estupefacta.

—¿Es esto el amor? —preguntó.

—Una parte de él, pequeña.

—Enséñame el resto.

—No puedo enseñártelo, Garla. Tienes que sentirlo tú misma.

—¿Cómo podré descubrirlo?

—Sólo te diré una cosa, muñeca. No voy a matarte. No podría hacerlo.

—Yo... me gustaría que continuáramos juntos, pero es imposible.

—¿Hay algún modo de huir cuando lleguemos a *Izzard*?

—¿Huir?

—Sí, al oriente.

—Tal vez, pero... —pareció reflexionar, como si la idea jamás hubiese pasado por su cerebro—, sí, lo haremos si de ese modo podemos continuar juntos.

Su sonrisa fue un verdadero poema y yo la besé con fuerza.

—Tal vez estés aprendiendo a conocer el amor —dije, y volví a besarla.

Mucho después, nos vestimos y regresamos al comedor de la nave. No había nadie allí.

—¿Qué ocurrirá cuando lleguemos? —pregunté mientras engullía uno de aquellos trozos de carne extraña y apetitosa.

—Dos guardianes vendrán a por nosotros. Iré contigo hasta el

centro de investigación. Allí te harán un examen completo y yo...

—Continúa.

—Bien, yo iré a que me despojen de mi cuerpo. Me miró con una tristeza infinita. Cogí su mano y dije:

—Vamos a huir. Tú y yo. ¿Es posible que nos lleven juntos con mi vehículo y mi equipo?

—Sí. También examinarán tus cosas.

—¿En qué nos llevarán hasta ese centro?

—En el módulo de los guardianes.

—¿Cuántos serán ellos?

—Dos.

—¿Sabes conducirlo?

—Sí, puedo conducir un módulo.

—Bien. Esto es lo que haremos, pequeña. Yo me desharé de los guardianes y tú conducirás el módulo hacia... ¡Un momento! Ni siquiera sé cómo es el sitio al que vamos.

—Vamos a la ciudad, en la isla de *Izzard.*

—¿Una isla?

—Sí. La isla de los *fijos* y los *móviles*.

—Y... ¿qué hay del otro lado del mar?

—El oriente.

—¿Cuánto tardaremos en cruzar el mar?

—Dos horas de tu tiempo.

—¿Crees que llegaremos antes de que nos persigan?

—Sí, es posible.

—Bien. Ahora escúchame con atención.

* * *

El viaje no duró mucho más. En términos de mi tiempo, sólo dos días y una noche. En ese periodo, Garla y yo hicimos planes, algo que ella no había hecho jamás, y descubrió ese diablo que se instala en el cuerpo cuando el hombre tiene un objetivo, algo por qué luchar, una ambición afectiva que lo conmueve y estimula.

Le enseñé el uso de las armas y para qué serbia aquel equipo que

llevaba en la motocicleta. Creo que estábamos enamorados de un modo poco comprensible. Ella había mamado, por así decirlo, de mi cerebro y por lo tanto tenía en sí misma toda mi manera de ser. No le extrañaban mis comentarios ni mis reacciones, sólo mis reflexiones, lo único que no podía anticipar porque surgían en virtud de condiciones que no eran las que había vivido en la Tierra.

El plan estaba listo cuando el *Sharmiu* se asentó en tierra.

Garla y yo observamos el descenso desde su célula-dormitorio, que, para la ocasión, había convertido su panel lateral en un gran visor a través del cual podíamos observarlo todo. Trataré de describir lo que vi entonces.

Una explanada metálica, enorme y escalonada en la que multitud de operarios se ocupaban de la maniobra de aterrizaje. Más allá, tras una zona verde en la que vi árboles de grandes dimensiones, se divisaba la ciudad.

Era una ciudad chata, con edificios de pocas plantas, tal vez tres o cuatro. En ellas vivían los *móviles*, juntos o separados, como lo decidieran, pero sin relaciones afectivas importantes, sólo contactos movidos más por la necesidad de conocer a alguien nuevo que por el valor de ese alguien. Todos contaban con células unipersonales y los barrios se dividían según la actividad que desarrollaban.

—¿Dónde están los niños? —había preguntado a Garla.

—Los niños nacen en los talleres y son instruidos separadamente hasta que cumplen los veinte años.

—¿Cuándo morís vosotros, pequeña?

—Cuando hemos cumplido ochenta años o hemos sufrido una reconstitución total de nuestro cuerpo.

No le pedí más explicaciones. No las hubiera comprendido en su justa medida.

—Mira —dijo Garla, señalando a través del visor—, ése es el centro de examinación.

Miré un edificio diferente, de veinte plantas, circular y que se erguía en el extremo más alejado de la ciudad.

—¿Allí viven los *fijos*?

—Sí, y jamás se mueven del centro excepto cuando comandan alguna misión espacial. Como los cuatro que han venido en el *Sharmiu*.

Miré hacia abajo y vi un vehículo que se llevaba a los cuatro. Altos, delgados y con sus grandes cabezas triangulares de rostros avejentados y cubiertos de arrugas. El resto de la tripulación se marchó andando hasta una compuerta abierta a unos cien metros de la nave y desaparecieron en el subterráneo que seguramente se abría debajo de la plataforma.

—¿Y bien? —dije, volviéndome hacia Garla.

—Allí. Ya vienen a por nosotros.

El vehículo era extraño. Una especie de cubo frontal, acristalado y con rebordes compuestos por grandes placas metálicas que destellaban bajo un sol similar al terrestre. El cubo perdía dimensión hacia atrás como un gran escualo visto con una lente gran angular. En el extremo posterior había una hélice de gran tamaño. El artefacto se detuvo en el aire, a pocos metros del *Sharmiu* y de él partió una pasarela hasta una de las escotillas de la espacionave.

—Vamos —dijo Garla—, no les hagamos esperar.

Antes de salir de la célula la besé con fuerza en los labios.

# CAPITULO IV

Lo primero que detecté al asomar por la compuerta del *Sharmiu* fue el aroma del aire. Puro, sano y agradable como el que todavía existe en los parques nacionales, lejos de la polución de las ciudades y carreteras.

Avancé por la pasarela seguido de Garla ante la mirada fría y desinteresada de los guardianes. Eran hombres de aspecto vigoroso, ojos negros y profundos, mandíbulas cuadradas y cabellos cortos y rizados. Su contextura atlética era poderosa y portaban unas pistolas de cañón largo en la cintura. Garla me había dicho que se trataba de armas anestesiantes cuyo efecto era el necesario para dormir al rebelde y trasladarlo al hospital sin problemas.

—¿No cuentan con armas letales? —le había preguntado.

—Sí, pero no las utilizan en la ciudad. No tienen necesidad.

La motocicleta y mi equipo ya habían sido llevados al extraño módulo y Garla y yo nos sentamos detrás de los guardianes.

El aparato se puso en marcha, sobrevolando lentamente la ciudad. Era un vuelo silencioso y sereno que me permitió una panorámica amplia del área edificada, y más allá, los campos de labranza.

Las calles aparecían semidesiertas ya que todos trabajaban sin excepción y el tiempo ocioso sólo servía para visionar imágenes del programa que los *fijos* habían ideado para los *móviles*. Yo conocía múltiples tipos de dictaduras en la Tierra y siempre me consideré un individuo independiente, a pesar incluso de mi trabajo en el ejército. Y ese sistema que comenzaba a comprender de *Izzard* era lo más parecido a una tiranía espantosa, cimentada sobre buenas intenciones que sólo servían para convertir al pueblo en una especie de rebaño necio y adoctrinado.

La nave descendió en un predio junto al edificio del centro y yo miré a Garla. Esa fue la señal.

Golpeé a uno de los guardianes en el cuello y cuando el otro se volvió le propiné un *jab* corto a la mandíbula que lo dejó fuera de combate.

Garla había abierto la escotilla y arrojó los cuerpos afuera.

—¡Rápido, larguémonos de aquí! —grité.

Ella ya estaba sentada en la butaca de comando y elevaba el módulo cuando una descarga cerrada destrozó parte de la cola del artefacto. Miré hacia abajo y vi a una decena de guardianes que disparaban contra nosotros.

Un vehículo similar al que volábamos hizo girar sus hélices a medio centenar de metros. Cogí el fusil y apunté con precisión. La descarga cerrada dio en la base de la hélice posterior y el módulo cayó a tierra desde unos pocos metros.

—Ahora somos fugitivos peligrosos —dijo Garla e imprimió mayor velocidad a nuestro aparato.

—¿Puedes aumentar la velocidad?

—No. Con el compartimiento destrozado el aire nos arrasaría.

—¿No es posible sellar esa parte?

—Sí, siéntate a mi lado y veré qué puedo hacer.

Obedecí de inmediato y un panel translúcido aisló la cabina del resto del módulo.

—Espero que resista —comentó la muchacha y accionó una palanca.

He visto cabinas de cazas de combate, pero ninguna de ellas se asemejaba a aquella en que íbamos. Parecía imposible que alguien fuese capaz de comprender esa cantidad de instrumentos y, sin embargo, Garla actuaba con absoluta precisión y serenidad.

El módulo saltó hacia adelante con una violencia imprevisible y sentí el cinturón de seguridad hincarse en mi pecho. Me quedé sin respiración durante algunos momentos, lo que no me impidió observar la campiña perfectamente cultivada, los bosques diagramados como jardines versallescos y los caminos limpios y plateados como cintas de seda.

—¿Nos seguirán? —pregunté.

—Sólo hasta el límite.

—¿Cuál es el límite?

—Cuando sobrevolemos el mar y avistemos el horizonte.

—¿Tú lo has visto alguna vez?

—Sólo desde el aire, durante los viajes.

—¿Qué sabes de él?

—Nada. Es un misterio para los *móviles.*

—¿Qué harán luego?

—Enviarán una patrulla a eliminarnos —dijo fríamente.

—¿Por qué molestarse por dos prófugos?

—Es la ley. Tienen que hacerlo.

Colgué alrededor de mi cuerpo dos cinturones con cargadores y ajusté la mochila con el equipo de supervivencia a mi espalda.

—¿Ha habido otros intentos de fuga?

—Sí, pero nadie habla de ellos. Todos fueron eliminados en el oriente. No salvaron sus cuerpos.

Debajo, el mar parecía una estepa de color esmeralda y las grandes olas que rompían contra la costa de la isla de *Izzard* formaban un arco iris distante y gigantesco. Entre los colores del arco iris salieron dos naves. Su velocidad era superior a la nuestra porque comenzaron a acortar distancias.

—Allí están y se aproximan con rapidez.

—No puedo ir más de prisa.

—Tendré que dispararles.

—Procura destrozarles la carlinga acristalada y estarán en nuestras mismas condiciones.

—¿No te importa que mate a alguno de los tuyos?

Garla me miró seriamente.

—Los guardianes no son de los míos, Cardan. Están construidos de otro modo... como perros de caza. Y vienen a matarnos.

—De acuerdo.

—Además, no puedes matarlos a menos que destruyas por completo sus cuerpos. Los recogerán y volverán a completarlos.

—Tienes que explicarme eso de los... talleres.

—Están muy cerca ahora, Cardan.

—Bien, reduce la marcha, he de pasar atrás.

El módulo aminoró la velocidad y Garla hizo deslizar el panel de separación. Salté a la parte posterior, me eché de bruces sobre el suelo y apunté cuidadosamente. La primera ráfaga cruzó el hocico del módulo que tenía más cerca. Describió una curva ascendente y luego cayó en picado, pero en el último instante consiguió estabilizarse, muy por debajo nuestro.

Un tableteo partió del segundo navío perseguidor y sentí los impactos en el fuselaje de nuestro módulo.

—¡Cuidado! —grité a Garla y comencé a disparar.

Destrocé parte de la cabina y vi claramente a tres tripulantes en su interior. Disparé con furia, recuperando mi antigua frialdad bélica, cuando la acción me convertía simplemente en una máquina de matar. Alcancé a uno de ellos que cayó al mar como un fardo.

Los proyectiles que nos enviaban penetraban a través de las láminas del fuselaje como si fuesen de mantequilla. Garla lanzó un grito de dolor y me volví hacia ella.

—¿Estás herida?

—Puedo continuar, no te inquietes por mí.

Apreté la culata del fusil contra mi hombro y vacié un cargador en la nave enemiga.

Vi claramente la conmoción de los cuerpos de los guardianes, alcanzados de lleno por mi andanada y el rumbo enloquecido del módulo al proyectarse como un giróscopo sobre la superficie esmeralda del mar.

El choque fue tremendo y la nave desapareció bajo las olas.

El primer navío regresó lentamente hacia la isla de *Izzard*, duramente dañado.

Me volví hacia Garla y la vi pálida y sudorosa, con el brazo izquierdo colgando inmóvil junto a su cuerpo.

—¿Qué tienes?

—Me alcanzó uno de los proyectiles.

—Déjame ver tu brazo.

Estiré el brazo y ella lanzó un grito de dolor. Con mi cuchillo rasgué su mono y el espectáculo fue espantoso. Tenía el brazo prácticamente seccionado y sangraba con profusión. Abrí el maletín de primeros auxilios y sellé la herida con sulfa y una venda densa, rellena de algodón, pero sabía que era inútil. La herida había sido demasiado alta y tenía la arteria seccionada. La hemorragia no podía detenerse.

—No puedo detener la hemorragia, Garla.

—Lo sé. Pero puedo llegar hasta el oriente y dejarte allí. Tú podrás encontrar tu camino y además, yo no sería más que...

—¡Un momento! ¿Qué harían contigo si te hubieses herido accidentalmente?

—Me pondrían un brazo nuevo.

Sí, reconozco que la idea parecía absurda, pero en aquel momento todo lo que deseaba era tener a Garla, sana, y a mi lado. Lo demás carecía de sentido.

—Regresemos. Tienes que curarte el brazo.

—No podemos regresar. Nos eliminarían en cuanto nos divisaran. Has acabado con varios guardianes.

—Escucha, pequeña. ¿Qué crees que podría hacer yo aquí, en este planeta desconocido, perseguido en un lugar que ni siquiera tú conoces? No. O lo conseguimos juntos, o se acabó.

—¿Por qué?

En sus ojos había una honda pena, pero también, casi de un modo resplandeciente, una llama de ilusión.

—Porque te quiero.

—Hay una posibilidad.

—¿Cuál?

—Daremos un amplio círculo y dejaremos el módulo en la campiña, entre los árboles. Pronto caerá el sol y podremos llegar hasta algún taller sin que nos vean. Es nuestra única alternativa.

—De acuerdo.

—Ahora escúchame, tienes que hacer algo...

—Quémame la herida.

La miré estupefacto y además con una terrible sensación de horror.

—¡Tienes que hacerlo! Confía en mí.

—Pero...

—Es el único modo. Si me quedo sin... eso que tú llamas sangre, el proceso de recuperación será muy largo y complicado. Nos cogerán.

—¿Estás segura?

—Por favor, debes creerme, estoy debilitándome. Quema la herida y dejará de... sangrar.

Calenté la hoja de mi cuchillo en el hornillo de campaña hasta que el acero se puso al rojo vivo. Miré a la muchacha a los ojos, aferré con fuerza el hombro y apreté el acero hirviendo sobre la herida. Aulló de dolor, pero no soltó los mandos del módulo. Hice girar la hoja hasta cauterizar toda la herida y vendé nuevamente la zona. El olor a quemado que provenía de la herida no era el que yo

había olfateado en Vietnam cuando el napalm convertía a las gentes en antorchas humanas. Era un olor intenso pero no desagradable.

Sequé el sudor del rostro de Garla y la besé tenuemente en los labios. Estaba llorando.

—¿Lloras?

—Es la primera vez —dijo con un hilo de voz y giró los mandos de la nave para describir un amplio giro y regresar a la isla.

—¿Te duele?

—No, no mucho. Ahora el brazo está aislado.

—No te comprendo.

—Te lo explicaré luego. Ahora, por favor, vigila la línea de la costa. No nos esperan y no tienen sistemas defensivos porque nadie vendría desde el oriente.

—¿Cómo lo saben?

—Los *fijos* lo saben. Es la ley.

No podía interrogarla sobre todas las cosas extrañas que iba reconociendo a cada paso. Ella estaba herida y ahora teníamos algo más urgente de qué preocuparnos.

Avistamos la línea de los rompientes cuando el sol se ocultó en el límite del océano del otro lado de la isla. Una oscuridad total se cernió sobre aquel mundo ignoto y sentí miedo. Era la primera noche en *Izzard* y sentí un miedo creciente e irracional. Un pánico infantil, como el de los terrores nocturnos del niño angustiado y lloroso. Cargué el fusil y traté de distraerme haciendo algo con las manos.

—En pocos minutos aterrizaremos —anunció Garla.

—¿Podrás andar?

—Desde luego.

—Pero... has perdido demasiada sangre.

—Sí, es cierto. Pero ahora que el brazo está aislado, la... sangre que me queda sirve perfectamente para mis impulsos vitales.

—Hablas de ti como si fueses una muñeca prefabricada.

Me arrepentí en el momento de decirlo, pero ya era tarde para volverme atrás.

—Lo siento, he dicho una estupidez.

—No, no es ninguna tontería. En parte yo...

Se detuvo y accionó rápidamente los mandos de la nave que descendió a toda velocidad.

—¡Sujétate con fuerza! —ordenó.

Me así a mi butaca y el módulo rozó tembloroso la tierra para detenerse con un espasmo junto a una línea de árboles.

—¿Qué ocurre, Garla?

—Mira el cielo.

Dos naves como las que nos habían perseguido pasaron raudamente sobre nuestras cabezas y se internaron en el mar.

—¿Van detrás nuestro?

—Eso es. Tenemos que darnos prisa, Cardan.

Saltamos del módulo. Ella llevaba el brazo sujeto al costado del cuerpo como una prótesis y corría a mi lado en dirección a la ciudad como si no le molestara en absoluto.

—Dime algo, pequeña.

—¿Sí?

—Podrías haber continuado el viaje con el brazo en este estado. Quiero decir si era posible que... te lo quitaras y continuaras viviendo sin problemas.

—Sí, era posible una vez que me quemaste la herida. Pero...

—No, no digas nada. Hemos hecho lo correcto. Si puedes curarte, necesitamos que puedas valerte por ti misma, necesitas los dos brazos. No sabemos con qué nos encontraremos en el oriente.

—Puedo explicártelo —dijo súbitamente seria.

—No, ahora no. Vamos a uno de esos talleres de que me has hablado.

Corrimos durante poco más de una hora, evitando los emplazamientos campesinos y aproximándonos a la ciudad.

Cuando entramos en la zona edificada, la ausencia de gentes en las calles era total.

—¿Dónde están todos ahora que han terminado de trabajar?

—En sus células, gozando.

—¿Gozando?

—Eso es. Tenemos un sistema de placer que nos satisface todos los instintos, las necesidades y las fantasías.

—¿Cómo es eso?

—Un casco que tiene programada nuestra calidad personal y se anticipa a nuestros deseos. Nos acostamos con el casco, solos o acompañados y vivimos la satisfacción de nuestros deseos durante el

sueño, relajados y felices. Al día siguiente estamos libres de tensiones y alegres por la ausencia de preocupaciones.

—Entiendo.

—Escúchame, Cardan, tú no podrás entrar en el taller. Tu vestimenta... ¿entiendes?

—¿Irás sola?

—Sí, y tú me aguardarás fuera, en un sitio donde no puedas ser visto por los guardianes.

—¿Los guardianes no están recluidos... gozando?

Garla lanzó una carcajada.

—No, ellos son diferentes. Son como... robots. Su cerebro es una máquina vacía de ideas, sólo llevan órdenes precisas que cumplen sin cuestionar. Así es como funcionan.

—¿Y patrullan la ciudad? ¿Por qué lo hacen?

—Porque de vez en vez, algunos de los *móviles* sienten un extraño desasosiego y... tratan de huir. Se lanzan al mar.

—¿Qué hacen con ellos entonces?

—Los destruyen.

—¿No los recuperan?

—No, en la ciudad los destruyen. Van contra la ley. La ley durante los viajes es diferente y por esa razón yo podría haber sido... recuperada.

—Creo que voy entendiendo este sistema —murmuré.

—Hemos llegado. Ese es un taller.

Miré el edificio. Similar al resto, diferenciado sólo por su iluminación rojiza y levemente fosforescente. A una veintena de metros había un parterre con extrañas flores de altos tallos.

—Te esperaré allí, en el parterre. ¿De acuerdo?

—Regresaré en una hora. Si tardo más... entonces querrá decir que me han capturado.

—No me habías dicho que habría riesgos.

—Hay una posibilidad de que me identifiquen cuando reclamen del computador central las señas de mi constitución para reimplantarme un brazo nuevo. Si ya han alimentado la central con mi descripción, entonces...

—Bien, aguardaré una hora y luego iré a buscarte.

Me miró de un modo especial. Como si leyera más allá de mi

propia reflexión. La estreché contra mi pecho y luego la empujé levemente en dirección al taller.

La vi alejarse con su paso grácil y la amé desesperadamente. Para mí, era la única mujer de mi vida. Sin la menor duda.

# CAPITULO V

Los minutos pasaron con demasiada rapidez. Yo me sentía como el único habitante vivo de una ciudad extraterrestre que desde luego no era la mía. Había una lógica absurda en toda la aventura y sin embargo me adaptaba a ese nuevo equilibrio insospechado de un planeta ajeno, del mismo modo que un padre de familia se hace cargo de la ausencia del hijo cuando se marcha a la universidad, se casa o se dedica a la trata de blancas. Con tensión, ira, temor y hasta violencia, pero me adaptaba rápidamente a mi nuevo entorno.

Miré mi reloj. Ya habían pasado cincuenta y cinco minutos y experimenté un horror ciego ante algo que todavía no me había planteado: ¿qué ocurriría si habían descubierto a Garla en cuanto se puso en manos de los médicos, o quienes fueran, y se hubiesen ocupado inmediatamente en cambiarle el cerebro?

Me levanté como un gato asustado y corrí hacia el taller. Sólo llevaba mi revólver S. & W. del 38, pero en distancias cortas era más efectivo que un fusil. Me detuve. Tenía que mostrarme más frío o todo sería inútil. Fue en ese momento cuando vi a los dos guardianes. Era cierto. Parecían robots, robots de extraordinaria apariencia humana, pero construidos para obedecer órdenes rigurosas. Regresé al parterre y me eché de bruces. Tenían que pasar a mi lado y yo me ocuparía de ellos. A cada instante que transcurría me sentía más preocupado por la suerte de Garla.

Surgieron detrás de los altos tallos de las flores como una pareja de autómatas. No hablaban, ni se miraban, ni parecían sujetos a emoción alguna, sólo dos marionetas con una idea fija y un arma a la cintura.

Me apoyé en un codo y afirmando mi pierna izquierda contra el suelo, desde la posición de acostado, los barrí con la pierna derecha. El golpe los cogió por sorpresa, detrás de las rodillas, y cayeron hacia atrás. Salté sobre ellos. Golpeé a uno en la garganta y al otro en la cabeza.

Los miré un instante y supuse que la facilidad con que eran abatidos se debía a que jamás habían hallado oposición violenta en la ciudad, sólo unos pocos individuos enloquecidos que procuraban

huir de aquella sociedad yerma lanzándose al mar.

Me quité la guerrera y desvestí a uno de los dos guardianes. Eran casi tan robustos como yo y el traje me quedó a la medida. Desvestí luego al otro y con su atavío los até y amordacé. Luego escondí mi guerrera y cogí las dos pistolas anestesiantes para lanzarme dentro del taller.

Crucé un vestíbulo espacioso, iluminado de aquel modo fantasmal y me hallé repentinamente en un balcón que se proyectaba sobre un inmenso espacio interior que me dio la impresión inmediata de tratarse de una nave de montaje de automóviles. Había visto algo parecido en Detroit, pero en este caso no se trataba de chasis, carrocerías, motores y elementos de pesada metalurgia que bailaban en las líneas de montaje. En este caso lo que había eran cuerpos, cuerpos perfectos y desnudos en hilera, en una serie de cubículos y antes ellos una marcha incesante de miembros, brazos, piernas, manos, trozos de un torso... era como una pesadilla de horror y, sin embargo, no la viví con pánico o aprensión y descubrí de inmediato la razón: aquello parecía en realidad una fábrica de muñecos.

De muñecos...

Busqué a Garla entre los «pacientes» que aguardaban inmóviles en los cubículos pero no pude encontrarla.

Varios individuos ataviados con batas verdes y extraños tapabocas que a distancia parecían de material plástico, se ocupaban de unir los miembros a los cuerpos utilizando para ello una máquina que fijaban al lugar del injerto y luego retiraban dejando una anilla en el sitio de la unión. Supuse que había un proceso de revitalización celular dirigido computarizadamente y que la denominación de *taller* era la adecuada para la función que cumplía el edificio.

¿Cómo hallaría a Garla?

Salí nuevamente al vestíbulo y comencé a rodear el espacio interior por un pasillo iluminado de aquel modo fantasmal. Me crucé con varios sujetos vestidos de verde que no me dirigieron ni siquiera una mirada. Yo era un guardián, un zombi vacío y de ideas fijas. Y ellos también lo eran, sólo que de un modo más sutil.

Al final del corredor había dos puertas. Las abrí y me enfrenté con un grupo de «pacientes» y dos «médicos». Los seguí hasta un ascensor y junto con ellos descendí durante algunos momentos a un

plano inferior, subterráneo, del edificio.

Salimos todos juntos y flanqueamos una especie de silo translúcido en el que burbujeaba un líquido rojizo, pálido y desagradable.

Junto al silo, en camillas de original diseño, había una serie de *móviles*, unidos por cables a la gran mole del líquido burbujeante. Entre ellos, flanqueada por tres guardianes, vi a Garla. Tenía el brazo en su sitio unido al tronco por aquel anillo extraño y un tubo oscuro unía el antebrazo al silo. La idea que se me ocurrió no era más disparatada que todo lo que había estado viendo desde que entré en el taller: el silo era un recipiente gigantesco cuyo contenido no era otra cosa que... sangre. Y Garla estaba siendo sometida a una transfusión, al igual que el resto de los «pacientes».

Me acerqué a ella. Los guardianes me ignoraron. Me incliné y ella abrió los ojos. Su expresión fue de inmensa preocupación y me hizo una seña imperceptible para que no hablara. Leí sus labios:

—Estoy perdida... —moduló con disimulo.

Uno de los sujetos vestidos de verde se acercó y verificó algo en el anillo y también en un dispositivo de control unido al silo. Sin una sola palabra desconectó el tubo y luego abrió el anillo.

Garla estaba cubierta con un paño amarillo, de apariencia plástica, y cuando el «médico» la descubrió comprobé que estaba totalmente desnuda. No había cicatriz en el sitio donde su brazo había sido unido al tronco y su aspecto era estupendo.

Le entregaron un traje similar al que llevaba, sólo que era nuevo y ella se vistió con rapidez.

Me las arreglé para estar muy cerca y en un momento murmuró:

—Me llevan para el trasplante. Lo siento, amor...

Los tres guardianes se situaron detrás de ella y todo el grupo marchó hacia el ascensor por el que había bajado. Los acompañé un poco retrasado. Cuando llegamos a la superficie, escoltamos a la paciente en dirección a la salida del taller. Un guardián iba delante y los otros dos flanqueaban a Garla, sosteniéndola levemente por los brazos. Yo los seguía unos metros más atrás, sin que ellos desconfiaran de mi presencia.

Doblamos por una calle. No había aceras ni calzada, sólo una vía peatonal, ligeramente curvada en el centro y más elevada en los

bordes que brillaban apagadamente en la oscuridad, iluminando el camino. Los edificios, de fachadas lisas, con ventanas redondas, como ojos de buey, aparecían sólidas y fantasmales.

Miré hacia todos lados pero no descubrí a nadie. Éramos los únicos que deambulábamos por la calle a aquellas horas. Extraje una de las pistolas y apunté. No conocía exactamente su mecanismo, pero reconocí el seguro y el gatillo. El resto no me importaba demasiado. Cuando disparé, sólo se escuchó un chasquido y uno de los dos guardianes que flanqueaban a Garla cayó fulminado. No perdí el tiempo y disparé al otro, que ya sacaba su pistola. Al menos estaban programados para replicar a un ataque. Lo abatí en el momento en que el guardián que presidía la comitiva me apuntaba con su propia pistola. Garla se había apartado y se apoyaba contra la fachada de un edificio para permitirme luchar con comodidad.

El último guardián y yo disparamos a la vez. Sentí un pinchazo muy violento en el hombro, superficialmente, y vi cómo caía el autómata.

Garla se precipitó hacia mí y miró mi hombro. Sentí un mareo instantáneo.

—Te ha rozado la piel y ha salido —explicó la muchacha—, no puede haberte hecho mucho efecto, tienes que caminar y así evitaremos que te desmayes. ¡Camina! ¡Vamos, apóyate en mí y camina!

Le entregué una de las pistolas.

—Vigila el camino y dispara a quien sea. Ya he visto demasiadas cosas horrendas por un solo día. Deseo largarme de este lugar.

Cogió la pistola en silencio y, pasando un brazo por mi cintura, me sostuvo mientras caminábamos en dirección al parterre donde había dejado mi guerrera y a los dos guardianes inconscientes.

Cuando llegamos me sentí un poco mejor. Me puse la guerrera sobre el uniforme de guardián y eché un vistazo a los dos autómatas que continuaban dormidos.

—Vamos, tenemos que llegar hasta el módulo y abandonar la isla antes de que amanezca.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Garla.

—Bien, me despejaré con el aire mientras avanzamos.

Sentía una nube densa en la cabeza, pero no perdería el conocimiento si permanecía en movimiento.

Echamos a andar hacia la salida de la ciudad y ya llegábamos al linde, donde la campiña sustituía el trazado de las calles, cuando vimos los dos puntos de luz en el cielo.

—Naves —murmuró Garla.

—¿Crees que son las mismas que vimos al llegar, las que se dirigían al oriente?

—No, éstas nos buscan a nosotros aquí, en tierra. Los guardianes deben estar al corriente de mi fuga.

—¿Tan pronto?

—Tal vez cuenten con un sistema de detección para cuando uno de ellos sufre algún tipo de trastorno. Y tú has trastornado a cinco de ellos esta noche.

—¿Qué hacemos?

—No podremos llegar al módulo, nos descubrirán.

—Tenemos que intentarlo.

—No conseguiremos abatirlos con las pistolas anestésicas, Cardan.

—Tengo mi revólver y todo lo que necesito es una oportunidad. Vamos, continuemos andando.

La campiña no ofrecía buenos escondites. Sea lo que fuere que habían sembrado sólo se levantaba unos pocos centímetros del suelo y el bosque más próximo estaba a unos mil metros por delante de nosotros.

—Nos verán en cuanto enfoquen hacia aquí los reflectores, Cardan.

—Tenemos que arriesgarnos, Garla.

La cogí de la mano y empuñé el revólver con la mano libre. Miré los reflectores que barrían la campiña y echamos a correr. Cruzamos en diagonal las parcelas perfectamente cultivadas, como locos en una noche calma, en un mundo en calma.

Yentonces nos descubrieron.

La lengua de luz pasó a escasos metros de nosotros y nos lanzamos cuerpo a tierra. En la segunda pasada, el reflector se detuvo encima nuestro.

—¡Corre! —grité a Garla.

Me di la vuelta, apunté con el Smith & Wesson y disparé dos balazos. Reventé el reflector pero la segunda nave ya estaba allí y todo el predio se iluminó como si amaneciera artificialmente.

Garla lanzó un grito y miré en su dirección. Un dardo anestésico la había alcanzado y rodó exánime. Me precipité hacia ella y sentí el silbido de los proyectiles que buscaban mi cuerpo.

Una serie de explosiones levantaron la tierra a mi lado y comprendí que no empleaban dardos conmigo, sino proyectiles explosivos como los que habían utilizado contra el módulo en que huíamos Garla y yo.

Corrí en zigzag, tirándome de bruces, rodando por el suelo, irguiéndome y continuando mi carrera como poseído por un demonio interior que hacía imprevisibles mis movimientos.

Llegué al bosque con el cuerpo cubierto de sudor y la lengua seca por los efectos del dardo que me había rozado. Sabía que Garla tenía poco tiempo pero de nada hubiese servido que nos cogieran a los dos. A mí seguramente me hubiesen liquidado en seguida y aquello no serviría de nada.

Continué corriendo entre los árboles de altas copas observando el reflector de la nave que me perseguía. Era difícil que pudiesen verme, pero las ráfagas que disparaban a ciegas pasaban peligrosamente cerca de mí. Me detuve, apoyé el cuerpo junto al tronco de un árbol y recargué el revólver. Miré hacia lo alto. La nave avanzaba muy lentamente justo sobre las copas, a unos diez metros por encima de mi cabeza. La idea podía dar resultado, de modo que me encaramé en el árbol y aguardé conteniendo la respiración.

El módulo se acercaba muy lentamente, barriendo con su haz blanquísimo las copas desiertas de los árboles. Cuando estuvo a cinco o seis metros de distancia pude observar con claridad a sus cuatro ocupantes. Iban con las compuertas abiertas y se asomaban en busca de la presa con las armas dispuestas.

Tuve una rápida visión. El módulo convertido en helicóptero, sobre la jungla vietnamita, en busca de otras víctimas. Sólo que en aquel tiempo era yo quien iba en el pájaro volador y otros las víctimas.

Levanté el revólver, lo sostuve con las dos manos y apunté fríamente. Disparé cuatro balazos seguidos. Los dos guardianes que

me buscaban con sus fusiles cayeron desde el módulo al suelo con las cabezas destrozadas. Me apresuré a bajar del árbol y llegué al suelo cuando una ráfaga destrozaba las ramas que me habían ocultado. Corrí hacia los cuerpos de los guardianes y busqué uno de sus fusiles. Lo hallé muy cerca, entre unos arbustos y lo miré durante algunos segundos. No era muy diferente a las armas que yo conocía sólo que no pude hallar el cargador. De todos modos apunté con él al módulo que se entreveía entre la hojarasca y apreté el disparador. La ráfaga salió sin dificultad y no sentí ningún retroceso en mi hombro. Los proyectiles estallaron en la cabina del módulo cuyos rotores hicieron un ruido espantoso al reventar los engranajes.

Durante un momento pareció detenerse en el aire y luego, furiosamente, cayó a tierra a pocos metros de donde me hallaba.

No me quedé a ver qué ocurría. Corrí hacia el módulo que habíamos ocultado con Garla y... repentinamente, me detuve. Un rayo de lucidez invadió mi cerebro enceguecido. ¿Qué podía hacer yo con aquel módulo? No conocía su mecanismo y además, ¿realmente deseaba huir? ¿Sin Garla? Sentí una impotencia feroz y me volví hacia el bosquecillo que acababa de abandonar. El módulo que seguramente había descendido en busca de mi muchacha se alejaba en dirección a la ciudad. Vi al fondo de aquella arquitectura uniforme y pálida el edificio circular del *Centro* desde donde los *fijos* dictaban su ley.

Y entonces supe exactamente lo que debía hacer.

No tenía tiempo que perder de modo que sujeté con fuerza el extraño fusil que había arrebatado al guardián y eché a correr en dirección a la ciudad.

Me quité la guerrera cuando llegué a las primeras construcciones y continué corriendo por las calles enfundado en mi traje de guardián. Iba observando la dirección que debía seguir para llegar cuanto antes al Centro y no presté atención a las cuatro o cinco parejas de guardianes que se cruzaron conmigo. Sentía el corazón como un pistón sonoro en mi pecho, pero mi estado físico era bueno y controlando la respiración y la velocidad tendría fuerzas para cubrir los cinco o seis kilómetros que me separaban del edificio circular. Vi por encima de los edificios varias naves que se dirigían con presteza hacia el sitio del que yo acababa de regresar y me

sonreí al pensar que a nadie se le ocurriría imaginar que había regresado a la ciudad.

No tenía idea del sitio en el que pudiera hallarse Garla, pero sí sabía quién podría interrumpir el trasplante antes de que fuera irreversible.

Continué corriendo sin detenerme y por fin llegué a un jardín amplio, iluminado completamente por aquel fulgor amarillento que conocía tan bien. En el centro del área ajardinada, como un cohete presto para levantar vuelo, la torre circular parecía latir en la noche violenta.

Detuve mi carrera y avancé a buen paso directamente hacia la entrada.

Varias patrullas de guardias entraban o salían del centro sin prestarme atención. Yo empuñaba el fusil del mismo modo en que lo hacían aquellos autómatas vacíos y conseguí llegar hasta la puerta del Centro.

Entré.

La planta circular era más gigantesca desde dentro que lo que aparentaba desde fuera. Decenas de vigilantes iban de un sitio al otro y un ejército de *móviles* portando unos u otros objetos que yo desconocía entraban y salían de distintas secciones. En cuatro sitios de aquella nave inmensa había sendas columnas imponentes, también circulares y junto a ellas, elevadores individuales que desaparecían en las plantas superiores.

Me acerqué a la cinta sinfín de los elevadores y subí a una plataforma.

No sabía exactamente dónde podían hallarse los *fijos*, pero por esa lógica de que normalmente los más poderosos se encuentran más arriba, decidí continuar ascendiendo en mi ascensor individual hasta detectar alguna señal que me indicara el objetivo.

Había ascendido ya una decena de plantas cuando me apeé del elevador. La planta cambiaba en parte su disposición. Un cuarto de círculo estaba fuera de unos ventanales imponentes y allí había dos módulos. Como los helipuertos en los terrados de los edificios importantes de las ciudades terráqueas.

Salí al terrado y miré hacia arriba. Sólo había luz dos plantas por encima de aquella en la que me hallaba. La planta inmediata superior

no tenía paredes, estaba vacía, como si fuese una separación física entre una sección de la torre del Centro y otra.

Supe inmediatamente que a partir de aquella planta vacía, encontraría a los *fijos*.

Regresé al interior con el propósito de utilizar el ascensor individual, pero no fue posible. La cinta sinfín que impulsaba los elevadores culminaba allí mismo. Busqué sin éxito un acceso a las plantas superiores, escaleras o ascensores, pero no pude hallarlo. Había una zona de la planta sellada y supuse que allí se hallaría el paso hacia el área de los *fijos*.

Me dirigí nuevamente al terrado y rondé cerca de los módulos, observando el modo de encaramarse hasta las plantas superiores. No tenía allí mi equipo con el cual hubiese sido fácil intentarlo.

Dos guardianes observaban la ciudad junto a uno de los módulos y tuve una idea. Me acerqué a ellos y los golpeé en la cabeza con la culata del fusil. Los desvestí inmediatamente y con mi cuchillo desgarré los fuertes trajes plásticos. Uní las tiras con nudos fuertes de a tres y hasta cuatro hasta conseguir una cuerda improvisada de unos cinco o seis metros.

Ahora tenía que hallar algo que me sirviera de garfio. Busqué dentro de los módulos. No parecía haber herramientas dé ningún tipo pero descubrí que el material que sostenía las butacas parecía apropiado. Arranqué una butaca, le quité el tapizado y desarmé una de sus partes que formaba un ángulo recto. Busqué un lugar donde hacer palanca y conseguí doblar aún más la pieza. Até la cuerda improvisada a un extremo y me acerqué al borde del terrado. Calculé la distancia y lancé el garfio. Al segundo intento conseguí afirmarlo y tiré de él para comprobar que resistiría mis ochenta kilos de peso. Luego colgué el fusil a mi espalda y comencé a trepar. Sentía los músculos de mis brazos tensos y voluminosos contra la elástica tela plástica del uniforme que llevaba. El sudor corría a mares por mi espalda y me ardían las palmas de las manos pero conseguí izarme. Apoyé los codos en la planta vacía y miré antes de subir. Un grupo de guardianes, sentados alrededor de una mesa dentro de una caja translúcida, parecía custodiar el ascensor que comunicaba con las plantas superiores.

No les presté mayor atención.

Repetí la operación con el garfio y sólo tras media docena de intentos conseguí afirmarlo en la planta siguiente. Me tomé unos instantes de descanso y luego volví a trepar. Cuando llegué a destino verifiqué que el garfio se había encajado en un reborde de la estructura metálica del piso y que no tenía sitio para izarme. El panel acristalado que rodeaba la planta parecía fuerte y dentro del lugar no se veía a nadie.

No podía aguantar mucho más de modo que sosteniéndome con una mano descolgué el fusil de mi hombro, apunté por encima de mi cabeza, bajé el rostro y apreté el gatillo.

El disparo resultó terriblemente ruidoso en la noche silenciosa. No perdí el tiempo. Estiré la mano con el fusil y me afirmé en el borde del orificio abierto por el proyectil explosivo. Me costó un minuto conseguir rodar dentro de aquella planta, pero cuando estuve allí supe que me hallaba en la antesala del misterio final. El misterio de aquella raza apergaminada y extraña que Garla había llamado los *fijos*.

# CAPITULO VI

Me encontraba en una habitación tenuemente iluminada y vacía. Me incorporé sujetando el fusil con ambas manos, ligeramente inclinado, alerta como un sabueso.

Me disponía a avanzar cuando la luz cobró intensidad, el zumbido que ya había oído en el desierto de Nevada se hizo oír como una alarma, pero su intensidad no fue suficiente para vaciarme de ideas.

Un panel se deslizó y vi varios guardianes que entraban atropelladamente. Disparé sin cesar el fusil. Ellos llevaban pistolas anestesiantes y mis proyectiles hicieron estragos en sus filas. Corrí en zigzag sin dejar de enviarles andanadas, procurando no ser un buen blanco para sus dardos y conseguí pertrecharme detrás de una de las cuatro columnas estructurales. Doce o quince de los autómatas estaban en el suelo, destrozados por los proyectiles explosivos. No sentí ninguna culpa, de alguna manera, en mi fuero íntimo, no los consideraba humanos.

Corrí hacia el panel que comenzaba a cerrarse y lo atravesé de un salto para rodar sobre el suelo y ponerme de pie con la propia fuerza de la inercia. Ese truco me salvó, porque dos autómatas me buscaban con sus pistolas. Dos disparos los proyectaron contra un ascensor cuyas puertas estaban abiertas y cayeron dentro como muñecos desarticulados. Corrí hasta él, dejé los cuerpos dentro y apreté el único botón visible. Las puertas se cerraron y la caja hermética comenzó a ascender.

Cuando se detuvo yo ya estaba preparado para enfrentarme a lo que surgiera por delante. Me cubrí con uno de los cuerpos y sujeté el fusil debajo de mi brazo.

Las puertas se abrieron y me encaré a dos vigilantes armados. No lo dudé, disparé dos veces y sus cuerpos estallaron como globos. Solté a mi autómata-escudo y corrí hacia un panel luminoso que se abrió en el momento en que llegué hasta él.

El panel se cerró a mi espalda y me arrojé de bruces al suelo. La penumbra interior comenzó a desaparecer fagocitada por un fulgor amarillento que crecía con lentitud. Me puse de pie dispuesto a

disparar, pero no fue necesario.

El espectáculo que ofrecía aquella estancia a la luz plena era realmente fantástico.

Me hallaba en la antesala de una gran habitación semicircular con gradas ascendentes. En las gradas, inmóviles, sentados, con una expresión idéntica, había un centenar de *fijos*. Sus rostros apergaminados, de infinitas arrugas enredadas en la carne fláccida y macilenta, de ojos gigantescos cubiertos parcialmente por aquellos párpados bulbosos que recordaba tan bien, parecían dormitar. Los labios eran heridas cicatrizadas y prietas sobre la mandíbula aguzada y la nariz estrecha, puntiaguda y recta, les conferían un aspecto cuneiforme y momificado.

No había ningún vigilante en las inmediaciones.

En el centro de las gradas, tras un panel que destilaba pequeños fogonazos de diferentes colores, observé a uno de aquellos patéticos ancianos envuelto en una túnica oscura. Parecía el jefe del consejo de los *fijos.*

—¿Hablas mi idioma? —pregunté, sin dejar de vigilar a mi alrededor.

—Lo hablo —respondió el anciano. Su voz era cascada, las palabras habían brotado como fatigados trozos de una memoria hundida en siglos de silencio.

—He venido en busca de Garla.

—Has desafiado la ley —dijo el anciano.

—No era mi intención ser violento, pero no tuve más alternativa.

—Conocemos muy bien esa filosofía, terráqueo.

—No tengo tiempo de discutir contigo, anciano. Ordena que traigan a la muchacha y nos iremos al oriente. No deseamos causaros ningún mal.

—No es posible —sentenció el *fijo.*

—Quiero que me escuchéis con atención —dije, procurando conservar la calma, consciente de que cada minuto que pasaba atentaba contra la integridad de la muchacha—. Voy a llevarme a Garla o todos vosotros moriréis. No sé cuántos podré abatir antes de que consigan matarme, pero os aseguro que haré una verdadera carnicería. No tengo nada que perder y sólo vosotros sois los culpables. Yo no os pedí que me trajeran en el *Sharmiu*.

—Siéntate allí, terráqueo —dijo con calma el anciano.

Miré el sitio que me indicaba. Era un sillón de madera, cubierto con un paño rojo. Me dio la impresión de que se trataba de una pieza tan antigua como mis interlocutores.

Me senté en el sillón, el fusil apuntando al que parecía el jefe del consejo, y me dispuse a escuchar.

—Garla está detenida. Todavía no hemos ordenado su recuperación.

Ninguno de los demás fijos había cambiado de expresión. Permanecían inmóviles, expectantes y sombríos como espectros del pasado.

—Di lo que tengas que decir, anciano.

—*Izzard* es un planeta en paz. No hay violencias ni muertes. La ley es rigurosa y todos la aceptan.

—No la aceptan, anciano. Vosotros los habéis sometido convirtiendo a los *móviles* en esclavos bien alimentados y a los guardianes en autómatas. ¿Qué clase de paz es ésa?

—Hablas estúpidamente. No existe la infelicidad en *Izzard*.

—Y tampoco la felicidad.

—¿La felicidad de tu planeta?

—¿Qué sabes tú de la Tierra?

—Todo.

—Bien, entonces también sabrás que hay sitios donde se puede vivir con libertad.

—Hambre, violencia, potencias que se arman para una guerra definitiva. Sí, conozco esa clase de libertad.

—¿Y qué habéis conseguido en *Izzard*? Un planeta de muñecos absurdos, seres sin conciencia ni ideas propias, zombis que sólo pueden deambular controlados por vuestras leyes computarizadas.

—Hay paz y es todo lo que nos hemos propuesto.

—¿Qué me dices de Garla? ¿Cómo ha sentido esa necesidad de huir de vuestras tenazas?

—Hay excepciones, pero son las menos.

—De acuerdo. Continúa con tu locura, anciano. No tengo intención de oponerme a ella. Sólo deseo que me entreguéis a Garla e ir con ella al oriente.

—No es posible. Pero te haré una proposición para que

comprendas que nuestra ley es justa. Has sembrado la violencia en *Izzard* y hemos analizado tu caso. Te enviaremos a la Tierra.

—No confío en ti.

—No tienes otra alternativa.

—Está bien. Supongamos que acepto, ¿vendrá Garla conmigo?

—No. Podemos transgredir la ley contigo porque eres extranjero, pero no con la muchacha.

—Entonces no hay trato.

Inesperadamente el anciano se inclinó hacia adelante y el tono de su voz cambió. Se hizo más conciliador y comprensivo. Cuando habló fue como una súplica.

—Tú no conoces nada de los *móviles*, terráqueo. Garla, esa mujer que tú quieres para ti... no es como la imaginas.

—Sé de ella todo lo que necesito saber, anciano. Y la amo, aunque tú no puedas comprenderlo.

Sus labios se estiraron. Tal vez fuera una sonrisa, aunque semejaba una mueca dolorida.

—Voy a explicarte algo, hombre. Y mientras tú me escuchas podrás observar en la pantalla, a mi espalda, que todo cuanto te digo es la verdad. Luego me darás una respuesta.

—No trates de jugar sucio, anciano, porque serás mi primera víctima.

Repitió su mueca y operó los mandos del panel que tenía ante sí.

Lo que sucedió entonces fue algo estremecedor. Las imágenes ilustraban su relato y su voz parecía cada vez más fatigada mientras me explicaba la historia...

—Cuando terminó la guerra que destruyó nuestro planeta, nosotros, los sabios, cuya única preocupación era la ciencia por encima de cualquier ideología, estábamos aquí, en esta isla, encerrados en un refugio invulnerable, con todo el material que necesitábamos para dar forma a un proyecto que habíamos elaborado desde que supimos que la destrucción nuclear era sólo cuestión de tiempo.

En la pantalla se sucedieron imágenes horripilantes de destrucción y muerte atómica. Ciudades arrasadas y miles de personas desintegradas, campos incendiados y nubes de humo radiactivo, cenizas y fuego sobrevolando un mar hirviente y

tumultuoso.

—Prosigo. No había supervivientes fuera de nuestro refugio. Nuestra tecnología de la muerte había sido efectiva hasta el final. Durante un siglo el planeta se recuperó con lentitud. Las plantas y las especies mutadas se recuperaron ayudadas por nuestros fertilizantes y porque habíamos previsto zonas de supervivencia animal en puntos aislados. Fue un siglo de trabajo intenso, puedes creerme. Pero el milagro lo realizamos aquí, en la isla de *Izzard*. Y éste fue el milagro.

En la pantalla vi un *móvil* de unos cuatro años de edad. Parecía un niño normal. Entonces, durante los siguientes veinte minutos, observé cómo a aquel niño le cambiaban brazos y piernas, órganos internos, e incluso los ojos y el cerebro.

—Este fue el primer prototipo de lo que hoy son los móviles. ¿Comprendes? —preguntó el anciano.

—Garla me explicó que vosotros estabais en condiciones de efectuar esos increíbles trasplantes, anciano. Fue precisamente por esa razón que volvimos cuando ya estábamos casi a salvo en el oriente. Uno de los disparos de los guardianes que nos perseguían destrozó el brazo a la muchacha.

—Lo sé. Pero lo que tú no sabes es que... los *móviles* no son humanos. Son organismos artificiales.

Confieso que la revelación me dejó helado.

—¿Qué dices, anciano?

—Que nuestro gran experimento fue un éxito. Creamos materia celular artificialmente, con todas las propiedades de la materia orgánica natural. ¿Comprendes ahora? Lo que trato de explicarte es que nosotros fabricamos hombres y mujeres en base a un producto artificial.

—¿Estás diciéndome que la reproducción de los *móviles* no existe? ¿Cómo es que hay niños entonces?

—No comprenderías todo el proceso científico, terráqueo. Pero te explicaré a grandes rasgos nuestro milagro. Fabricamos materia celular idéntica a la materia celular humana y a partir de ese momento, construimos un hombre y una mujer con sus potenciales genéticos fielmente reproducidos según un modelo humano perfecto, sin taras genéticas. Cuando los *móviles* crecieron, junto a otras

docenas, estuvieron en condiciones de reproducirse autónomamente. Sólo que por razones que estimamos necesarias no permitimos que la reproducción fuese el resultado de la cópula, sino que aplicamos el método de la inseminación en probeta. Tenemos bancos de bebés *móviles* que conocen a sus padres donantes pero cuya concepción de la familia no está viciada. Garla, la mujer que tú amas, es producto de la ciencia. De nuestra ciencia. Ella no es estrictamente humana.

—¿Y vosotros?

—Nosotros conservamos intacto nuestro cerebro y nos otorgamos un cuerpo joven que hemos ido reponiendo parcialmente a lo largo de varios siglos. Ya éramos ancianos cuando la guerra definitiva y nuestro único interés era repoblar el planeta de un modo controlado y ajeno a la violencia.

—Pero... ¿no comprendéis que estáis viviendo en una especie de... mundo de muñecos?

—Es nuestro mundo y lo queremos así.

—Dime, anciano... Garla y yo...

—Sé lo que piensas. Sí, vosotros podríais formar una familia al estilo terrestre. Ella es idéntica a cualquier mujer humana, sólo que su materia prima, por así decirlo, es artificial.

—Aun cuando no fuese posible, la necesito.

—Reflexiona, terráqueo. Puedes elegir. O aceptas regresar solo a la Tierra o terminarás tus días aquí, desintegrado. Eres un peligro para *Izzard*. Reflexiona.

—No me iré sin Garla, anciano. Es mi última palabra.

Pensé en ese momento, de un modo instantáneo, en el olor que había desprendido el brazo herido de Garla cuando lo quemé con mi cuchillo ardiente.

—Eres obcecado —dijo la voz profunda y cascada.

—Quiero verla. ¿Dónde está?

—Los trasplantes se realizan aquí en el Centro cuando son punitivos. Es mejor para ella abandonar esas ideas de rebeldía.

—¿Cómo las explicas, anciano? Ella nació de vuestra ciencia y aun así tiene pensamientos propios, ajenos a vuestra desalmada programación. No sois dioses.

—Estamos estudiando esos casos aislados.

—Pues yo conozco la respuesta. Los *móviles* pueden haber sido

fabricados con materia orgánica artificial, pero su constitución final es idéntica a la humana y según pasen los años irán aprendiendo a resistir un sistema oprobioso y tiránico como el vuestro. Pasará tal vez mucho tiempo, pero os enfrentaréis con esa realidad más tarde o más temprano. Sois vosotros quienes debéis reflexionar, no yo, ancianos.

La excitación que me produjo mi propia reflexión me hizo avanzar el cuerpo y casi ponerme de pie. Y fue ese gesto el que me salvó, porque del respaldo del sillón surgieron dos láminas metálicas que arañaron mi espalda. De haber continuado sentado como hasta ese momento hubiese quedado aprisionado y a merced de aquellos hombres increíbles.

Alcé el fusil y disparé una ráfaga contra el panel que tenía ante sí el jefe del consejo. Una explosión ruidosa, seguida por una nube de humo y multitud de chispazos se alzó en el recinto y yo aproveché la confusión para correr hacia el anciano.

Lo cogí de los pliegues de la capa y lo atraje hacia mí. Durante un momento olvidé que su cuerpo era joven y fuerte y estuve a punto de sucumbir a un golpe feroz que me propinó en la mandíbula, pero conseguí cogerle el brazo, lo doblé detrás de su espalda y utilizándolo como escudo me encaminé hacia la salida.

Los ancianos corrían hacia las puertas de salida de emergencia del salón de sesiones y algunos se precipitaron hacia mí. Alcé el fusil y disparé contra ellos. No me importaba más que salvar a Garla, era el único eslabón que me vinculaba a una cordura que estaba perdiendo con rapidez.

Cuando varios de ellos cayeron destrozados por los disparos los demás se quedaron inmóviles. Atentos y aterrorizados. Si yo los mataba, el mundo que habían programado estaba acabado. Y ellos, de algún modo, se habían convencido de que eran verdaderos dioses, inmortales en sus cuerpos injertados, omnipotentes al frente de un pueblo automatizado y obediente.

—No podrás matarnos a todos, terráqueo —dijo uno de los ancianos.

—¡Puedo intentarlo si no os quedáis donde estáis!

—¡Obedeced! —gritó mi prisionero—. Es la obra de siglos de trabajo...

Su reflexión pareció surtir efecto en los demás que volvieron a sentarse. Yo temía que los que habían conseguido largarse por las salidas posteriores estuvieran preparándome una sorpresa.

—¡Vamos, anciano! ¿Dónde está la muchacha?

—Te llevaré hasta ella.

Entramos en el ascensor y descendimos hasta el segundo sótano del edificio circular.

—Recuérdalo bien, anciano. Si ella sufre algún daño no tendré ya nada que perder. No me importa mi propia vida si Garla ha muerto, de modo que destrozaré este maldito sitio y tú serás el primero en reunirte con tus lejanos antepasados. ¿Me has comprendido?

—He comprendido.

—Bien, vamos allá.

Las puertas del ascensor se abrieron y pude observar el centro neurálgico de aquella torre circular y todopoderosa de la que partían las directrices de un mundo mecánico.

# CAPITULO VII

La característica principal eran los paneles de separación completamente transparentes. En ellos había más de cincuenta *móviles* sentados y quietos con la cabeza sostenida por un anillo similar al que ya conocía.

Sobre las cabezas, en unos frascos piramidales, sumergidos en un líquido blanquecino, flotaban los cerebros de recambio. Si alguien me hubiese explicado alguna vez una escena como la que tenía delante de mis ojos no hubiese vuelto a invitarlo con una copa. Resultaba demasiado absurdo para ser tema de una conversación inteligente. Y allí estaba. Los condenados, encapsulados en sus celdas, atrapados por la maquinaria que los fijos habían ideado para el planeta *Izzard*, a merced de perder una identidad ficticia por una identidad vacía. Sin embargo, todos ellos eran emergentes del fallo del experimento. Individuos cuyos cerebros, por un milagro de la genética, tal vez incluso por algún remanente atávico, habían conseguido construir el sentido de la injusticia y, todavía débilmente, se habían revelado.

Mas la ley era implacable. O la muerte cuando conseguían huir y llegar al mar en una búsqueda desesperada del oriente ignoto, o el trasplante inmisericorde y la nueva adaptación. Yo confiaba en que ese germen de libre albedrío continuaría creciendo en los móviles y con el tiempo, como había sucedido y continuaba ocurriendo en la Tierra, lograrían estructurar una fuerza de liberación triunfante. Sin embargo, no era ése mi problema. Mi problema era hallar a Garla y huir con ella de aquel mundo irreal.

Varios individuos ataviados con la consabida vestimenta verde iban de un sitio al otro, controlando el proceso. No vi ningún vigilante en las inmediaciones, pero aun así continuaba empuñando el fusil con vigor.

Cuando los «médicos», o más bien los «técnicos», vieron al anciano, se quedaron inmóviles. Paralizados por la sorpresa. Supuse que aquellos semidioses de rostro apergaminado jamás descenderían al laboratorio de los injertos.

—¿Dónde está la muchacha Garla—dijo el anciano.

Uno de los *móviles* se apartó y vi a Garla con los ojos cerrados y el cuerpo envuelto en una funda amarilla, sentada en uno de los cubículos con el anillo alrededor de la frente. En el frasco piramidal flotaba un cerebro pero el líquido que lo envolvía no estaba en movimiento como en los demás casos.

—Vamos allá —dije al anciano y lo empujé levemente.

—Suelta a la muchacha —ordenó el *fijo*.

El técnico soltó el anillo y Garla abrió los ojos. Su sorpresa fue inaudita.

—¡Cardan! —exclamó y procuró abalanzarse en mi dirección.

El técnico la sostuvo.

—Dile que la suelte, anciano.

El *fijo* no habló. Miraba intensamente al técnico y leí en la expresión de Garla que algo extraño estaba ocurriendo. Y lo comprendí espontáneamente. El técnico no podía conocer mi idioma, de modo que las órdenes las había recibido del anciano telepáticamente. El *fijo* las había traducido en voz alta sólo para mí. Y ahora estaba ordenándole algo que yo ignoraba pero que Garla podía comprender porque ella era una *móvil*.

Sólo vi que el técnico levantaba una mano en la que portaba un instrumento extraño y disparé. El proyectil dio en el pecho del individuo que salió catapultado hacia atrás con el cuerpo destrozado.

—¡Maldito embaucador! —grité arrojando al anciano a un costado y apuntándolo con el fusil.

—Garla, diles a todos que si uno hace un movimiento en falso mataré al anciano.

Garla repitió mis palabras en un lenguaje incomprensible, casi gutural.

Luego se quitó la funda amarilla que la envolvía y vino a mi lado.

—No podréis escapar, terráqueo. No importa que yo muera, el resto de los miembros del consejo está fuera de tu alcance y es todo lo que cuenta. Nuestra obra está a salvo.

—Es posible —dije.

Y comencé a disparar contra todos los artefactos que parecían controlar aquel horrendo laboratorio. La estancia se convirtió en un verdadero infierno de confusión y destrucción. Los técnicos

corrieron para ponerse a salvo y los pacientes, libres del control computarizado se soltaron y buscaron la salida del recinto.

El anciano consiguió asir el objeto que el técnico había utilizado para intentar agredir a Garla, lo llevó a su frente y un instante después, antes de que yo pudiese impedirlo, su cráneo reventó.

—Sabía que muerto no nos serviría para huir de aquí, Cardan —reflexionó Garla.

—Lo conseguiremos de todos modos.

—Ese fusil está agotándose —dijo ella.

Miré el arma sin comprenderla.

—Fíjate allí, la munición es líquida y se solidifica al disparar. Es como un explosivo licuado a presión.

—¡Buscaremos otro fusil en el camino, ahora vámonos de aquí!

Entramos en el ascensor y recordé que sólo había un botón.

—Ven —indicó Garla—, saldremos por las escaleras interiores.

Atravesamos el laboratorio y llegamos a una especie de patio interior cubierto por una pantalla vidriada en lo alto y que, durante el día, filtraría la luz solar.

Una escalera metálica, adosada a la pared, trepaba hacia las plantas superiores. Por ella corrían todavía algunos técnicos y pacientes.

—¡Sube detrás de mí! —ordené a la muchacha—, y toma esta pistola.

Le entregué la pistola anestésica y trepamos la escalera saltando los escalones de dos en dos. Cuando llegamos dos plantas más arriba, a la altura del vestíbulo de acceso a la torre, aparecieron dos guardianes. Esta vez llevaban fusiles. Abatí a uno de ellos que arrastró al otro contra la barandilla del descanso, por la fuerza del impacto y ambos cayeron al vacío. Uno de los fusiles quedó allí y lo cogí sin detenerme.

Cuando entramos en el vestíbulo la confusión reinante resultaba sumamente útil para nuestro proyecto de fuga. A fin de cuentas, yo vestía el uniforme de los guardianes y Garla iba ataviada como todos los demás *móviles*.

Atravesamos el vestíbulo y ganamos la salida. Afuera la luz era menor y sólo resplandecía en los jardines que rodeaban la torre. Cruzamos a la carrera el predio iluminado y entramos en una de las

calles próximas. Instintivamente, cogí la dirección que había elegido para llegar a la torre. Mi idea consistía en alcanzar con rapidez el lugar donde habíamos ocultado el módulo y largarnos de la isla antes de que amaneciera.

Garla me aferró por un brazo y me detuvo.

-¡No!

—¿Qué ocurre?

—Deben haber rodeado la ciudad. Esta vez emplearán toda su fuerza. Has eliminado a un fijo.

—A más de uno —repliqué furioso.

—Será imposible huir esta noche, Cardan. Por favor, tienes que creerme. Ellos habrán dispuesto un cinturón de seguridad. Lo sé. Y ya has visto que la campiña que rodea la ciudad no ofrece ningún sitio apto para ocultarnos. Nos matarán, Cardan. No podemos salir esta noche de la ciudad.

—¿Conoces algún sitio donde ocultarnos?

—Sí, creo que hay un sitio donde no se les ocurrirá buscarnos.

—¿Está muy lejos?

—Tal vez media hora de camino, si nos damos prisa.

—Vamos, te sigo.

—Escúchame, amor.

La miré y la excitación y la violencia que sentía se fundieron en la maravilla de sus pupilas brillantes. La palabra amor en sus labios era como el exorcismo del horror.

—Dime, pequeña.

—Habrá patrullas y si las eliminamos podrán seguir nuestro rastro. Es necesario evitarlas.

—Entiendo.

—Ahora bésame.

La besé con fuerza y brevemente.

—Y ahora... ¡sígueme!

Fue un viaje tenso y enloquecedor. Las patrullas aparecían desde las calles transversales y procurábamos ocultarnos en los portales de los edificios. En dos ocasiones, surgieron en un momento en que nos fue imposible hallar un sitio donde protegernos y entonces cogí firmemente a Garla por un brazo y avancé con decisión como si ella fuese mi prisionera. Milagrosamente dio resultado.

Por fin llegamos a una zona ajardinada detrás de la cual observé un grupo de edificios cuya arquitectura los diferenciaba del resto.

—¿Qué hay allí, Garla?

—Nuestro refugio. Hemos llegado.

Cruzamos el predio verde, entre árboles y parterres y entramos en uno de los portales. El vestíbulo era una planta dividida en varios compartimientos separados por lo que parecían paneles de acrílico de colores. En cada uno de ellos había sillones duros y plantas de adorno. Era el primer sitio agradable, dentro de aquel estilo aséptico y monacal, que veía desde mi llegada a *Izzard.*

En cada uno de los compartimientos, a dos metros sobre el nivel del suelo, había pantallas que estaban desactivadas.

—¿Qué es esto?

—Aquí vivo yo, amor.

La miré estupefacto. No serían tan imbéciles como para no buscarnos en el sitio donde ella vivía.

—Debes estar loca.

—No, no lo estoy. Estos son los edificios para los miembros de las tripulaciones que viajan al espacio exterior. En esos compartimientos recibimos las instrucciones.

—¿Crees realmente que no nos buscarán en tu propia vivienda?

—Sí, lo harán, sólo que no iremos a mi célula habitacional, sino a la de otra navegante que no está en *Izzard.* No regresará en mucho tiempo. Yo tenía que haber ido con ella, pero en el último momento me cambiaron el destino. Ocuparemos su célula habitacional y nadie nos molestará. Ven...

No utilizamos el ascensor. Subimos por una escalera exterior, trasera, envuelta en un cilindro de acrílico y alcanzamos la última planta, la cuarta.

Entramos a un corredor que separaba dos hileras de paneles alumbrados por la típica luminosidad amarillenta.

—¿Cuál es tu célula? —murmuré en voz baja.

—Está en la planta inferior. No te preocupes, puedes hablar en voz normal. Cada célula está insonorizada y en este momento los que no duerman deben hallarse bajo los efectos de los cascos de placer. No temas.

Se detuvo ante uno de los paneles que ostentaba un símbolo

parecido a una espiral y dijo algo ininteligible. El panel se abrió y entramos.

El panel se deslizó a nuestras espaldas y Garla accionó un sensor que iluminó la estancia.

—¿Cómo has hecho para abrir la puerta?

—He dicho la palabra indicada. Un selector sensible acepta la palabra y acciona el mecanismo de apertura.

—Tú y la propietaria de esta célula debéis ser amigas.

—¿Amigas? Sí, tal vez lo seamos a nuestro modo. En realidad, ella es... lo que en la Tierra llamaríais mi hermana.

—¿Tu hermana?

—Procedemos de los mismos donantes.

La cogí entre mis brazos y la apreté con fuerza contra mi pecho.

—Garla, conozco tu origen y de dónde proceden los *móviles*. El anciano me lo explicó antes de que todo estallara.

—Yo... quise decírtelo pero...

—No te inquietes por eso, muñeca. Yo te amo y no me importa nada más. ¿Puedes comprenderlo?

Me besó en la boca. Sí, claro que lo comprendía.

Se separó de mí y sonrió alegremente.

—Mi célula-habitacional es idéntica a ésta —me informó.

Eché un vistazo a mí alrededor. El sitio era similar a la célula del *Sharmiu*. Un lecho duro pero que ya sabía confortable, un panel en un costado con una serie de compartimientos y una plancha acrílica que salía de la pared y dos bancos lo que constituía el comedor. Una puerta comunicaba con el cuarto de baño.

—¿Tienes hambre?

La miré con dulzura.

—Ahora que estoy contigo a salvo, sí, tengo un hambre feroz.

—Bien. Puedes asearte si lo deseas. Yo te prepararé algo de comer.

—Tengo una idea mejor. Miraré cómo preparas los alimentos y luego... luego nos asearemos juntos. ¿De acuerdo?

Su sonrisa resultó embriagadora.

Me senté en uno de los bancos y aguardé.

Presionó dos veces un sensor y al cabo de un minuto extrajo de uno de los compartimientos del panel dos cajas chatas. Las depositó

sobre la mesa y las abrió. Allí estaban aquellos bistecs apetitosos y la consiguiente guarnición de semillas. De otro compartimiento extrajo sendos vasos herméticamente cerrados con el caldo dulzón. Comimos con buen apetito, mirándonos como cómplices de una próxima travesura y cuando concluimos arrojó todos los desperdicios en un tercer compartimiento.

—El trabajo doméstico no es agotador, ¿eh? —bromeé.

—Ahora desvístete —me dijo sonriente.

La miré sorprendido y obedecí. Ella también se quitó su traje. Cogió luego las prendas y las introdujo en un compartimiento distinto.

—Dentro de unos minutos estarán limpias.

—No tengo apuro, pequeña. No me importaría pasarme la vida desnudo siempre que tú me acompañes.

Se acercó a mí y me abrazó. Nos miramos largamente.

Luego la cogí de la mano y la guie hasta el cuarto de baño. Nos introdujimos en aquel sarcófago vertical y presioné el botón correspondiente. Los infinitos chorros de agua templada y aromática masajearon nuestros cuerpos. Continuamos abrazados, besándonos mientras terminaba el baño y el vapor perfumado nos secaba.

—Eres maravillosa...

La alcé en brazos y la llevé al lecho.

Abrió sus ojos y me miró con esa expectante ingenuidad que ya había observado en la nave, cuando descubrió que el amor es una aventura física de insospechados recursos.

—Hazme el amor, quiero aprender a hacerte feliz.

Repentinamente su rostro se ensombreció.

—¿Qué te ocurre?

—Pienso en los míos, en los *móviles*... Ellos también podrían aprender a ser felices.

—Lo harán, pequeña. Puedes estar segura de ello.

—Tal vez...

—Los fijos no pueden dominar ese germen que lleváis todos vosotros, el germen de la autodeterminación. Pasará algún tiempo pero debes creerme, al final seréis libres...

Volvió a sonreír y cerró los ojos. Fue la señal del abandono al placer, a esa delicada ceremonia de gozar cuerpo a cuerpo, de

búsqueda de una comunión que supera todas las diferencias, incluso las diferencias celestes...

* * *

Nos despertamos muy temprano. Por la ventana minúscula entraba un rayo de sol y la célula habitacional era el reino más preciado que había conocido jamás.

Garla dormía profundamente, desnuda y tibia como una gata de invierno. Abrió los ojos y sonrió. Era todo lo que necesitaba.

—Buenos días, pequeña.

—Bésame.

Más tarde comimos el mismo menú y encendí uno de mis escasos cigarrillos.

—¿Qué es eso?

—Un vicio superfluo. ¿Quieres probarlo?

—Sí.

Aspiró el humo y tosió.

—No me gusta —aseguró.

—Entonces dejaré de fumar.

Apagué el pitillo y la miré fijamente.

—Cuéntame qué te dijo el anciano.

Le relaté toda la historia y luego ella me contó su propia vida.

Era una viajera del espacio. Los *fijos* organizaban viajes interestelares de conocimiento. Sólo por afán científico. Jamás descendían en ningún planeta y cuando lo hacían, como en el caso de la Tierra, era debido a alguna causa mayor. Garla no sabía cuándo había comenzado a sentirse inquieta por su situación de *móvil*, pero decidió que debía huir cuando supo cuáles eran las condiciones de vida en la Tierra.

—¿Vendrías conmigo a la Tierra si fuese posible?

—Sí, pero antes... me gustaría conocer el oriente. Además, es lo único que podemos hacer para salvar la vida.

—Esta noche intentaremos llegar hasta el módulo. ¿Crees que lo habrán descubierto?

—Es posible.

—Bien, si lo han hallado tendremos que robar uno. ¿Hay algún modo de llegar hasta las afueras de la ciudad sin utilizar las calles?

—¿Sin utilizar las calles?

—Sí. Por ejemplo, dime: ¿por dónde desaguan los cuartos de baño?

—Yo... lo ignoro.

—¿No sabes si hay algún canal subterráneo que lleve las aguas servidas al mar?

—Sé que en el sótano de este edificio hay una compuerta pero ignoro para qué sirve.

—Esta noche iremos a investigar.

—Esta noche, amor, pero ahora... quiero estar contigo.

* * *

Dejamos pasar las horas del modo más agradable, descubriéndonos como exploradores ambiciosos y complacientes. Tuve que responder mil preguntas acerca de mi vida pasada y de detalles de la existencia cotidiana de la Tierra. Éramos dos náufragos de distintas geografías que se encontraban en medio de dos mundos. Cuando el sol desapareció tras la ventana nos vestimos con los trajes limpios y yo comprobé la carga del fusil y de mi revólver. Garla ocultó la pistola en un pequeño bolso que colgó de su cintura y añadió algunas raciones de comida y bebida. Dejamos transcurrir todavía tres horas hasta que el personal del edificio se retirara y entonces salimos de la célula-habitacional.

Para llegar al sótano empleamos la escalera exterior y entramos en el edificio por el frente. La calle aparecía vacía y en el vestíbulo no había nadie.

Garla abrió una puerta junto a la caja del ascensor y descendimos a una habitación en la que había una serie de artefactos que controlaban el propio ascensor y también el sistema de apertura de cada una de las células.

—Esa es la compuerta —indicó.

Abrí la pesada hoja metálica y vi un túnel débilmente iluminado por el eterno fulgor amarillento que descendía hacia las profundidades.

—Vamos, echaremos un vistazo.

Cerramos la compuerta a nuestras espaldas y emprendimos el camino por el pasadizo.

# CAPITULO VIII

El túnel descendía paulatinamente y nos obligaba a marchar inclinados. La iluminación era suficiente y no había malos olores. En realidad se trataba de un estuche para tuberías de diversos colores que eran las que transportaban las aguas servidas y el resto de materias residuales de la ciudad.

—¿Crees que vamos en la dirección adecuada? —preguntó ella.

—Sólo puede descender en dirección al mar. De todos modos hallaremos alguna salida y comprobaremos el rumbo.

Cogidos de las manos avanzamos de prisa. El aire se tornaba sofocante por momentos y luego se purificaba. Concluí en la idea de que cuando el aire se purificaba nos hallábamos próximos a alguna abertura de salida. Pasamos por delante de una serie de bifurcaciones que aportaban más tuberías a ese canal principal por el que marchábamos y nuestro avance se hacía más difícil a medida que continuaban llegando ramales y ocupando el espacio que utilizábamos nosotros. Por fin tuvimos que arrodillarnos.

—Creo que tendremos que buscar una salida.

—De todos modos hemos avanzado bastante, debemos hallarnos en los límites de la ciudad —dedujo Garla.

Un centenar de metros más adelante experimenté con placer un soplo de aire más puro y frío.

—Debe haber una compuerta en algún sitio próximo. La encontraremos.

Me llevó veinte minutos agotadores hallar la compuerta escurriéndome entre las tuberías como una rata.

—Echaré un vistazo al exterior —dije.

Abrí lentamente la compuerta horizontal y observé con precaución. Nos encontrábamos efectivamente en el linde de la ciudad. Podía aspirar el aire perfumado de la campiña y la humedad próxima del mar.

—¿Ves algún guardián? —inquirió Garla.

—No sé si habrá alguno en los alrededores, hay un pequeño reborde que me impide una buena visibilidad. Tendré que asomarme.

—¡Cardan, tenemos que lograrlo! ¡No hay otro modo de huir!

—Entonces, sube.

Se reunió conmigo en el exterior y cerré la compuerta. Estábamos acostados sobre una pequeña hondonada de tres o cuatro metros cuadrados flanqueada por un reborde de metal cubierto de musgo.

Un zumbido lejano interrumpía el silencio de la noche.

—Son los rotores de los módulos —dijo Garla.

Levanté la cabeza y atisbé por encima del reborde. En efecto, allí estaban. Diez o tal vez doce módulos detenidos en el aire a unos quince o veinte metros del suelo, iluminando el área por la que debíamos pasar camino del mar.

—Asómate, pequeña.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la muchacha. Pasé un brazo sobre su espalda.

—¡Es imposible franquear ese control! —exclamó al borde del llanto.

—No, no lo es. Todo lo contrario. Deben hallarse a unos doscientos metros de distancia de nosotros, ¿verdad?

—Sí, pero qué tiene...

—Escucha. Esto es lo que he aprendido en largos años de guerra.

Me llevé el fusil a la cara y calculé el disparo.

—Nos descubrirán si haces fuego.

—¿Cuánto calculas que falta para que amanezca?

—No lo sé, tal vez tres horas.

—Entonces no tenemos tiempo que perder. Si alcanzamos el módulo nos llevará más de dos horas volar sin luces. Te diré lo que voy a hacer. Dispararé contra los tres módulos del extremo derecho. Aun cuando no consiga derribarlos anularé sus reflectores. Los demás se moverán hacia esa zona y entonces correremos en línea recta hacia el bosque por la izquierda. ¿De acuerdo?

—Entiendo.

—Si me ocurre algo continúa corriendo y huye. Por ningún motivo te detengas. ¿Prometido?

—Cardan...

—¡Prométemelo!

—Está bien.

La besé con fuerza en los labios y ella me abrazó como si aquello fuese en realidad una despedida final.

Me llevé nuevamente el fusil a la cara y disparé varias andanadas seguidas. Dos de los módulos se precipitaron incendiados a tierra y el tercero se quedó sin luces.

—¡Ahora! —grité y nos lanzamos a la carrera mientras el resto de las naves convergía hacia la zona de los módulos abatidos.

Corrimos como dementes, sin mirar hacia lo alto, apremiados por nuestra única esperanza de huir juntos en busca del oriente, cualquiera que fuese el destino que nos aguardara allí.

Cuando llegamos al bosque las naves recuperaron la formación y comenzaron a batir el área. Una serie de disparos acompañó nuestra zambullida entre los árboles.

—¡Continúa corriendo, yo trataré de detenerlos!

Garla se puso de pie y reanudó la carrera.

Busqué el módulo más próximo en la mira de mi fusil y lancé una andanada. Con el último disparo rodé sobre el suelo y me incorporé detrás de un árbol. Desde allí conseguí acertar en otra de las naves y ya no aguardé más. Me lancé en pos de Garla.

La alcancé poco antes de llegar al sitio donde habíamos dejado nuestro navío. Ella subió a la cabina y puso el rotor en funcionamiento.

—He de aguardar unos minutos o no tendrá la potencia suficiente para elevarse —me dijo con voz angustiada.

—Está bien, confiemos en que no nos detecten.

A lo lejos podía ver los módulos perseguidores volando en círculos, batiendo el bosque. Por fin los instrumentos indicaron que podíamos remontar el vuelo.

Me eché de bruces en la parte posterior de la cabina apuntando hacia las luces que se aproximaban lentamente.

—Vuela bajo y no lo hagas en línea recta.

—Está bien.

El aire que entraba por los huecos producidos por los disparos de nuestra primera fuga era helado y húmedo. Sentí que el sudor se congelaba en mi piel y que los dientes comenzaban a castañetear con violencia.

Durante media hora conseguimos eludir a nuestros perseguidores y finalmente tuve que disparar.

—Cuando dispare, vira rápidamente hacia la derecha y así sucesivamente, una vez en cada sentido.

—Entendido.

Disparé una ráfaga al navío más próximo y escuché el sonido característico del rotor averiado. La segunda ráfaga no anuló a la nave siguiente pero apagó sus reflectores.

Garla cambió nuevamente el rumbo y durante otra media hora volamos en línea paralela a la costa de la isla de *Izzard* para confundir a los guardianes.

—Tenemos que cruzar o no lo lograremos, Cardan.

—De acuerdo. Adelante.

El módulo describió un amplio círculo hacia la izquierda y volamos sin inconvenientes durante más de una hora.

—¿Por qué no se acercan? —preguntó Garla.

—Aguardan a que amanezca y entonces se nos echarán encima.

—Ven aquí y cerraré el panel de la cabina. Imprimiré la máxima potencia al rotor y trataré de adelantar todo lo posible antes de que salga el sol.

Era una buena idea de modo que me uní a ella y cerré el panel de separación.

Cuando la línea del amanecer se dibujó en el horizonte estábamos a igual distancia de las tierras del oriente que de los módulos que nos perseguían.

La tierra era boscosa, de árboles gigantescos y de aspecto tropical. Una playa de piedras, ancha e irregular, separaba la selva del mar.

—Procura descender junto al bosque. En el aire nos cazarán sin que tengamos una sola oportunidad.

Pasé a la parte posterior del módulo y solté la motocicleta que permanecía sujeta tal como la habían dejado los guardianes que la recogieron del *Sharmiu.*

—Esperemos que no esté averiada —murmuré mientras procuraba ponerla en marcha.

Al cabo de un par de intentos el motor tosió y comenzó a rugir normalmente.

Las naves perseguidoras también habían imprimido la máxima velocidad a sus rotores y se acercaban peligrosamente. Apunté con mi fusil y lancé una ráfaga, pero todavía se hallaban demasiado lejos. Aquella andanada acabó con la carga del arma. Sujeté entonces mi propio fusil, comprobé la carga y monté sobre la motocicleta.

—En cuanto toques tierra ven aquí y sube detrás mío.

Garla no respondió, se limitó a aterrizar junto a la pared de árboles, cortó la ignición y saltó hacia donde yo me hallaba. Cuando sentí sus brazos alrededor de mi cintura abrí la compuerta opuesta a la dirección en que llegaban nuestros perseguidores y di todo el gas al motor. La motocicleta saltó hacia adelante, voló unos metros en el aire y cayó junto a los árboles. No detuve la marcha sino que la dirigí directamente hacia el bosque y avanzamos a saltos derrapando sobre las raíces enmohecidas y chocando de costado con los gruesos troncos, hasta que una gran piedra me obligó a frenar. La máquina patinó sobre la hierba húmeda y caímos dando tumbos por el suelo.

En ese momento se oyó una explosión tremenda y Garla se apretó contra mi cuerpo.

—Es el módulo —dijo con un hilo de voz—, lo han hecho estallar.

—Tal vez no nos han visto salir de él y piensan que hemos muerto. ¿Qué crees?

—Es posible.

—Aguarda aquí un instante.

Cogí el fusil y me encaminé sigilosamente hacia la playa. Oculto entre los árboles vi a siete naves, detenidas sobre nuestro módulo en llamas, expectantes como buitres.

Durante varios minutos permanecieron allí, indecisos. Por fin, como si hubiesen recibido todos la misma orden dieron media vuelta y se alejaron de regreso a la isla de *Izzard.*

Sentí la mano de Garla en mi hombro y me di la vuelta. Sus ojos negros y oscuros brillaban detrás de una cortina de lágrimas.

—¿Somos libres? —preguntó con timidez.

—Sí, pero tal vez regresen a investigar.

—Lo harán, pero para entonces estaremos lejos de aquí, ¿no es verdad?

—Sí, pequeña, muy lejos.

Cuando las naves se perdieron en el horizonte, fuimos en busca de la motocicleta y regresamos a la playa de piedras y arena dura.

—¡Sujétate con fuerza, amor!

Puse la primera marcha y nos lanzamos por la playa como dos jóvenes que pasean por un mundo solitario gozando de una bien ganada libertad.

El mar parecía sereno y acogedor. La selva emitía esos sonidos que yo recordaba y que ahora me parecían lejanos. Muy lejanos.

Continuamos el viaje hasta que se agotó la gasolina, entonces oculté la motocicleta entre los matorrales y desplegué la tienda de campaña.

—Es todo el hogar que puedo ofrecerte, amor.

—Es todo el hogar que necesito —dijo Garla.

Comimos las provisiones que ella había traído consigo y nos metimos en la tienda. Busqué la cantimplora con whisky y me regalé un largo trago.

—¿Qué es lo que bebes?

—Pruébalo.

Dio un sorbo pequeño, tosió un poco y luego dio otro sorbo más prolongado.

—No está mal —dijo sonriendo y con los ojos llenos de lágrimas.

—Es otro de los viejos vicios.

—Pues éste lo agotaremos juntos —anunció y me pasó la cantimplora.

Cuando la última gota cayó sobre mi lengua nos sentíamos dichosos e irresponsables. Nos desvestimos lentamente, gozando de cada gesto, de cada mirada cómplice y afiebrada, anticipándonos a la ceremonia que imaginábamos con infinito placer.

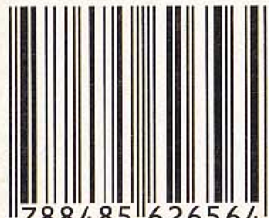
Cuando la tuve entre mis brazos pensé que había un mundo nuevo por descubrir, tal vez peligroso o tal vez no, tal vez poblado por gentes amistosas o tal vez no, pero un mundo que deseábamos descubrir entre los dos.

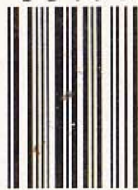
Y quién sabe, quizás alguna vez pudiésemos regresar a la Tierra y reunimos con Norman Quinley en el «Versalles» para beber una copa. Seguramente no creería mi historia pero qué importa, tengo a

Garla conmigo y todo lo demás carece de importancia.

# FIN

ISBN 84-85626-56-7




EDICIONES
CERES, S.A.

Apartado de Correos,
9.142 Barcelona

Precio en España
60 Ptas.

Impreso en España - Printed in Spain.